



16

setiembre

Domingo XXIV del Tiempo Ordinario
(Ciclo B) – 2018

1. TEXTOS LITÚRGICOS

1.a LECTURAS

Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban

Lectura del libro del profeta Isaías 50, 5-9a

El Señor abrió mi oído
y yo no me resistí ni me volví atrás.
Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban
y mis mejillas, a los que me arrancaban la barba;
no retiré mi rostro
cuando me ultrajaban y escupían.
Pero el Señor viene en mi ayuda:
por eso, no quedé confundido;
por eso, endurecí mi rostro como el pedernal,
y sé muy bien que no seré defraudado.
Está cerca el que me hace justicia:
¿quién me va a procesar?
¡Comparezcamos todos juntos!
¿Quién será mi adversario en el juicio?
¡Que se acerque hasta mí!
Sí, el Señor viene en mi ayuda:
¿quién me va a condenar?

Palabra de Dios.

SALMO Sal 114, 1-6. 8-9

R. *Caminaré en la presencia del Señor,*

O bien:

Aleluia.

Amo al Señor, porque Él escucha
el clamor de mi súplica,
porque inclina su oído hacia mí,
cuando yo lo invoco. **R.**

Los lazos de la muerte me envolvieron,
me alcanzaron las redes del Abismo,
caí en la angustia y la tristeza;
entonces invoqué al Señor: «¡Por favor, sálvame la vida!» **R.**

El Señor es justo y bondadoso,
nuestro Dios es compasivo;
el Señor protege a los sencillos:
yo estaba en la miseria y me salvó. **R.**

Él libró mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas y mis pies de la caída.
Yo caminaré en la presencia del Señor,
en la tierra de los vivientes. **R.**

La fe, si no va acompañada de las obras, está completamente muerta

Lectura de la carta del apóstol Santiago 2, 14-18

¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: «Vayan en paz, caliéntense y coman», y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta.

Sin embargo, alguien puede objetar: «Uno tiene la fe y otro, las obras». A ese habría que responderle: «Muéstrame, si puedes, tu fe sin las obras. Yo, en cambio, por medio de las obras, te demostraré mi fe».

Palabra de Dios.

ALELUIA **Gál 6, 14**

Aleluia.

Yo sólo me gloriaré
en la cruz de nuestro Señor Jesucristo,

por quien el mundo está crucificado para mí,
como yo lo estoy para el mundo.

Aleluia.

EVANGELIO

*Tú eres el Mesías...
El Hijo del hombre debe sufrir mucho*

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Marcos 8, 27-35

Jesús salió con sus discípulos hacia los poblados de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy Yo?»

Ellos le respondieron: «Algunos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas». «Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?»

Pedro respondió: «¿Tú eres el Mesías». Jesús les ordenó terminantemente que no dijeran nada acerca de Él. Y comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días; y les hablaba de esto con toda claridad.

Pedro, llevándolo aparte, comenzó a reprenderlo. Pero Jesús, dándose vuelta y mirando a sus discípulos, lo reprendió, diciendo: «¡Retírate, ve detrás de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres».

Entonces Jesús, llamando a la multitud, junto con sus discípulos, les dijo: «El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará».

Palabra del Señor.

1.b GUIÓN PARA LA MISA

Guión Domingo XXIV Tiempo Ordinario (B)

(Domingo 16 de septiembre de 2018)

Entrada:

El misterio de la Eucaristía nos reúne en el día del Señor. En el evangelio escucharemos el anuncio de Cristo de que debe morir en cruz y la exhortación al cristiano para que lleve su cruz. La Misa es el Santo Sacrificio de la cruz actualizado sobre el altar. Obedeciendo el mandato del Señor participemos intensamente de él.

Primera Lectura:

Is 50, 5-9a

Cristo es el siervo de Yahveh que se entrega en obediencia a los planes del Padre confiando totalmente en su protección.

Segunda Lectura:

St 2, 14-18

La fe, para que no esté muerta, debe ir acompañada por obras de justicia.

Evangelio:

Mc 8,27-35

Para ganar la vida eterna es necesario tomar la cruz y seguir a Cristo por el camino que Él escogió para sí, según la voluntad del Padre.

Preces:

A Jesucristo, el Mesías de Dios, presentémosle nuestra oración.

A cada intención respondemos cantando:

* Señor Jesús te pedimos por la Santa Iglesia de Dios constituida sacramento universal de salvación, para que manifieste y realice el misterio de tu amor entre los hombres. Oremos.

* Señor Jesús, te pedimos por las necesidades de todas las naciones, para que los pueblos más pudientes se comprometan a socorrer las necesidades y aspiraciones de los pueblos en vías de desarrollo. Oremos.

* Señor Jesús, te pedimos por los padres de familia, para que descubran el valor de la oración en familia como fuente de paz, de unidad y de alegría. Oremos.

* Señor Jesús, te pedimos por los jóvenes, esperanza de la Iglesia y de la humanidad, para que se dejen cautivar por Ti y configuren su vida y sus anhelos a los tuyos. Oremos.

* Señor Jesús, te pedimos por los aquí reunidos, para que sepamos admirar la sabiduría, la generosidad y la grandeza del Padre y seamos consecuentes con nuestra condición de creaturas y de hijos. Oremos.

Ayúdanos, Señor, a llevar nuestra cruz de cada día, y conforta a aquellos por quienes te hemos pedido. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Ofertorio:

En oblación perpetua queremos unirnos a la entrega del Salvador, que en esta Eucaristía se renueva para la salud de todo el género humano.

Presentamos:

* **Cirios**, y con ellos el deseo de iluminar con la luz de la esperanza evangélica a todos los hombres.

* **Pan y vino**, para que al transformarse en Sacramento de vida eterna nos dé fortaleza para confesar a Cristo cargando con su Cruz.

Comunión:

Acerquémonos con confianza al trono de la gracia para comer el Cuerpo del Señor y beber su Sangre, frutos del sacrificio de la cruz.

Salida:

Después de haber renovado sobre el altar el sacrificio de la cruz, vayamos al mundo para anunciar llenos de confianza que Dios se hizo hombre para morir por nosotros en la cruz.

(Gentileza del Monasterio "Santa Teresa de los Andes" (SSVM) _ San Rafael _ Argentina)

Vigésimo cuarto domingo del Tiempo Ordinario (B)

CEC 713-716: la descripción del Mesías viene revelada en los cantos del Siervo

CEC 440, 571-572, 601: Jesús sufrió y murió por nuestra salvación

CEC 618: nuestra participación en el sacrificio de Cristo

CEC 2044-2046: las obras buenas manifiestan la fe

713 Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra "condición de esclavos" (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714 Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungió.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

715 Los textos proféticos que se refieren directamente al envío del Espíritu Santo son oráculos en los que Dios habla al corazón de su Pueblo en el lenguaje de la Promesa, con los acentos del "amor y de la fidelidad" (cf. Ez. 11, 19; 36, 25-28; 37, 1-14; Jr 31, 31-34; y Jl 3, 1-5, cuyo cumplimiento proclamará San Pedro la mañana de Pentecostés, cf. Hch 2, 17-21). Según estas promesas, en los "últimos tiempos", el Espíritu del Señor renovará el corazón de los hombres grabando en ellos una Ley nueva; reunirá y reconciliará a los pueblos dispersos y divididos; transformará la primera creación y Dios habitará en ella con los hombres en la paz.

716 El Pueblo de los "pobres" (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor "un pueblo bien dispuesto" (cf. Lc 1, 17).

440 Jesús acogió la confesión de fe de Pedro que le reconocía como el Mesías anunciándole la próxima pasión del Hijo del Hombre (cf. Mt 16, 23). Reveló el auténtico contenido de su realeza mesiánica en la identidad trascendente del Hijo del Hombre "que ha bajado del cielo" (Jn 3, 13; cf. Jn 6, 62; Dn 7, 13) a la vez que en su misión redentora como Siervo sufriente: "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos" (Mt 20, 28; cf. Is 53, 10-12). Por esta razón el verdadero sentido de su realeza no se ha manifestado más que desde lo alto de la Cruz (cf. Jn 19, 19-22; Lc 23, 39-43). Solamente

después de su resurrección su realeza mesiánica podrá ser proclamada por Pedro ante el pueblo de Dios: "Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado" (Hch 2, 36).

Artículo 4 "JESUCRISTO PADECIO BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO"

571 El Misterio pascual de la Cruz y de la Resurrección de Cristo está en el centro de la Buena Nueva que los Apóstoles, y la Iglesia a continuación de ellos, deben anunciar al mundo. El designio salvador de Dios se ha cumplido de "una vez por todas" (Hb 9, 26) por la muerte redentora de su Hijo Jesucristo.

572 La Iglesia permanece fiel a "la interpretación de todas las Escrituras" dada por Jesús mismo, tanto antes como después de su Pascua: "¿No era necesario que Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?" (Lc 24, 26-27, 44-45). Los padecimientos de Jesús han tomado una forma histórica concreta por el hecho de haber sido "reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas" (Mc 8, 31), que lo "entregaron a los gentiles, para burlarse de él, azotarlo y crucificarlo" (Mt 20, 19).

"Muerto por nuestros pecados según las Escrituras"

601 Este designio divino de salvación a través de la muerte del "Siervo, el Justo" (Is 53, 11; cf. Hch 3, 14) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado (cf. Is 53, 11-12; Jn 8, 34-36). S. Pablo profesa en una confesión de fe que dice haber "recibido" (1 Co 15, 3) que "Cristo ha muerto por nuestros pecados según las Escrituras" (ibidem: cf. también Hch 3, 18; 7, 52; 13, 29; 26, 22-23). La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente (cf. Is 53, 7-8 y Hch 8, 32-35). Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente (cf. Mt 20, 28). Después de su Resurrección dio esta interpretación de las Escrituras a los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 25-27), luego a los propios apóstoles (cf. Lc 24, 44-45).

Nuestra participación en el sacrificio de Cristo

618 La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2), él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocie a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquéllos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo
(Sta. Rosa de Lima, vida)

2044 La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo. Para manifestar ante los hombres su fuerza de verdad y de irradiación, el mensaje de la salvación debe ser autenticado por el testimonio de vida de los cristianos. "El mismo testimonio de la vida cristiana y las obras buenas realizadas con espíritu sobrenatural son eficaces para atraer a los hombres a la fe y a Dios" (AA 6).

2045 Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo (cf Ef 1,22), contribuyen, mediante la constancia de sus convicciones y de sus costumbres, a la edificación de la Iglesia. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles (cf LG 39), "hasta que lleguemos al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo" (Ef 4,13).

2046 Mediante un vivir según Cristo, los cristianos apresuran la venida del Reino de Dios, "Reino de justicia, de verdad y de paz" (MR, Prefacio de Jesucristo Rey). Sin embargo, no abandonan sus tareas terrenas; fieles al Maestro, las cumplen con rectitud, paciencia y amor.

2. EXÉGESIS

Rudolf Schnackenburg

La profesión de Pedro

(Mc.8,27-30)

27 Luego Jesús se fue con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo. Y en el camino preguntaba a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?» 28 Ellos le respondieron: «Pues que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que uno de los profetas.» 29 Entonces él les volvió a preguntar: «Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Tomando la palabra Pedro, le dice: «Tú eres el Mesías.» 30 Y severamente les advirtió que a nadie dijeran nada acerca de él.

El evangelista sigue manteniendo el marco de las peregrinaciones. Desde Betsaida se puede continuar hacia el Norte, hasta la región de Cesarea de Filipo, junto a las fuentes del Jordán. Probablemente Marcos quiere enlazar así la última perícopa con esta escena. Al mismo tiempo subraya también toda la actividad que Jesús ha realizado hasta el presente. La «ciudad del César», cercana a las fuentes del Jordán, que el tetrarca Filipo había elegido como residencia, y que para distinguirla de otras Cesareas se llama Cesarea de Filipo, sólo se menciona en este pasaje de los Evangelios. Está situada en el corazón de una región predominantemente pagana, casi en el mismo grado de latitud que Tiro.¹ (...)

Durante el camino pregunta Jesús a sus discípulos por quién le tiene la gente. Sólo el hecho de que Jesús pregunte acerca de sí mismo es ya digno de atención, pues hasta ahora nunca habíamos oído nada igual. Por el contrario, Jesús se esforzaba y preocupaba por conservar su secreto. Aquí empero se evidencia que el evangelista quería constantemente, aunque de modo velado, plantear a sus lectores la pregunta de quién era Jesús. Al final de la primera parte del Evangelio, esa pregunta se convierte en tema explícito y quien interroga

¹ Las especulaciones de que la escena se situó allí porque en aquel lugar de la antigua Panéade se alzaba un santuario en honor de Pan, sobre la vertiente del monte que está encima de la fuente del Jordán, y porque el lugar se consideraba como una entrada al mundo de los infiernos -cf. «las puertas del reino de la muerte» de Mt 16,18- carecen de fundamento al no haber referencia alguna a ese dato. Para la tradición judía el único indicio al respecto era que el río sagrado del Jordán pertenecía a las «fuentes del abismo» (Gen 8:2).

es el mismo Jesús. Por ello, la respuesta que Pedro da como portavoz del círculo de los discípulos no puede carecer de una significación especial. Pero lo que sorprende es que después Jesús prohíba severamente a los discípulos que hablen con nadie de su persona. La pregunta que Jesús hace a sus discípulos encuentra una cierta réplica en la que más tarde le dirige a Él el sumo sacerdote (Mc.14,61: “¿Eres tú el Cristo, el hijo del Bendito?”). Pues, como Pedro confiesa a Jesús como «Mesías», pregunta el sumo sacerdote en la sesión del Consejo Supremo si Jesús es el Mesías; y así como después de la escena de Cesarea de Filipo, Jesús empieza a adoctrinar a los discípulos sobre el camino doloroso del «Hijo del hombre» (Mc. 8:31), así alude también ante el consejo supremo al «Hijo del hombre» (Mc. 14:62: “Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo”). (...)

Jesús empieza por preguntar a sus discípulos quién piensa la gente que es él. La pregunta resulta casi necesaria después de lo que se nos ha dicho hasta ahora, pues los lectores han tenido noticia repetidas veces de las reacciones del pueblo ante la doctrina y ante los hechos extraordinarios de Jesús; pero nunca han obtenido una información satisfactoria sobre su actitud acerca de Jesús. Por lo general se habla de que todos «se quedaban llenos de estupor» (Mc. 1:27), «se quedaban atónitos» (Mc. 1:22; Mc. 6:2; Mc. 7:37), «estaban maravillados» (Mc. 2:12; Mc. 5:42) y «se admiraban» (Mc. 5:20). Sólo en una ocasión hablan las gentes claramente del cumplimiento de las promesas de salvación (Mc. 7:37). Los lectores, sin embargo, tampoco dejan de estar preparados para la respuesta de los discípulos; pues, tras el envío de los doce, y con ocasión del relato acerca de Herodes, el evangelista ha transcrito los rumores que circulaban entre el pueblo (Mc. 6:14s), y allí quedó patente que tales opiniones eran insuficientes. La respuesta que ahora dan los discípulos coincide casi literalmente con aquellos rumores. Así pues, las opiniones del pueblo no han cambiado, a pesar de la gran multiplicación de panes y a pesar de las grandes curaciones que Marcos ha referido después. El pueblo de Galilea no tiene un juicio claro y es incapaz de llegar a una confesión decidida. No obstante su admiración hacia el gran benefactor y taumaturgo, sigue perplejo y titubeante. Por ello Jesús no adopta ninguna postura frente a tales opiniones populares y pregunta ahora resueltamente a sus discípulos: «Pero vosotros ¿quién decís que soy yo?» Pedro responde de modo claro e inequívoco: «Tú eres el Mesías.»

(...)

Pero ¿qué significa esta escena para los lectores cristianos del Evangelio de Marcos? Nada menos que, al final del ministerio de Jesús en Galilea, y por boca del primero de los discípulos, se les confirme su profesión de fe en Jesús como el Mesías prometido. Este era el sentido oculto de su actividad en medio del pueblo de Israel, como queda reflejado en todos los capítulos precedentes. Pero al mismo tiempo les hace caer en la cuenta de lo difícil que resultaba semejante confesión en aquellas circunstancias históricas y lo expuesta que estaba a falsas interpretaciones. En su manifestación y propósitos, Jesús nada tenía que ver con la imagen que los judíos se habían hecho del Mesías. Por ello, y pese a toda la admiración que despertaba, Jesús no encontró en el pueblo la verdadera fe, terminando su espléndida actividad en Galilea con un fracaso externo. Así pudieron levantarse contra él sus enemigos humanos y hubo de seguir el camino de la cruz. Su muerte, no obstante, había de trocarse en la salvación para todos, según el plan salvífico de Dios; para todos los que creen en el Mesías muerto en cruz y resucitado, tanto judíos como paganos. La confesión mesiánica de Pedro necesitaba aún de un esclarecimiento, necesitaba sobre todo de la revelación del misterio del dolor. Aún debía madurar en un conocimiento más profundo, que durante el ministerio de Jesús en la tierra ya era ciertamente accesible a los ojos creyentes, aunque sólo tras la resurrección de Jesús llegaría a la plena certeza de que este Mesías es verdaderamente el Hijo de Dios.

PARTE SEGUNDA DEL EVANGELIO DE SAN MARCOS

LA OBRA REDENTORA DE JESÚS: 8,31-16,8

El balance del ministerio público de Jesús era negativo (8,27-30); pero en el plan salvífico de Dios estaba previsto este fracaso externo: Jesús tiene que recorrer el camino de la cruz (8,31) para dar su vida como «rescate por muchos» (10,45). Sólo así se llega a la redención del género humano mediante la sangre del único, sangre con la que Dios pactará una nueva alianza con el mundo entero (14,24).

Desde aquí se comprende la conducta de Jesús, hasta ahora bastante enigmática en numerosas ocasiones. Su apartamiento de las multitudes que celebraban sus curaciones y hechos portentosos, aunque sin comprenderlos; sus órdenes de silencio a los que había curado, quienes le proclamaban como taumaturgo, y a los demonios que querían descubrir su misterio de una forma desleal; sus reproches a los discípulos torpes... todo ello sucedió con vistas al destino de muerte que le había sido señalado, y que a su vez cambia la suerte de los hombres pecadores, aunque siempre les sea necesaria la conversión a Dios. Jesús penetra ahora en su camino de muerte, y por ello su secreto mesiánico no puede permanecer oculto por más tiempo. Al contrario, desde ahora se irán iluminando cada vez más las tinieblas en que está envuelta su persona. A los tres discípulos de confianza va a desvelar Jesús su esencia divina y oculta (la transfiguración: 9,2-13); el ciego Bartimeo puede reconocerle públicamente como Hijo de David (10,46-52), Jesús entra en Jerusalén como el portador de la paz mesiánica (11,1-11); habla inequívocamente de sí mismo como del Hijo de Dios en la parábola de los viñadores homicidas (12,1-12), y de un modo más claro aún en su enseñanza sobre la filiación davídica del Mesías (12,35-37), y delante del sanedrín termina por proclamarse abiertamente como el Mesías esperado, identificándose con el Hijo del hombre a quien Dios exaltará a su diestra (14,61s).

El camino por la cruz a la gloria, que Jesús anuncia a sus discípulos al comienzo de esta segunda parte del evangelio de San Marcos, que por tres veces pone íntegramente ante sus ojos, se realiza en el curso de la exposición que alcanza su vértice más alto con la confesión del centurión pagano al pie de la cruz (15,39: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”) y con el mensaje de la resurrección que resuena sobre el sepulcro (16,6: “Jesús de Nazaret, el Crucificado, ha resucitado”).

Mas la comunidad oyente no sólo ha de seguir el camino de su Señor, sino que debe también comprender la obligación que sobre ella pesa de tomar parte en él. Ya en el primer anuncio de la pasión se mezcla de forma indisoluble una serie de sentencias que exigen de todo aquel que quiera tener parte en la gloria del ya inminente reino de Dios, el seguimiento con la cruz, la entrega de la vida y la confesión del Hijo del hombre (8,34-9,1). Con el segundo anuncio de la pasión (9,30-32) enlaza un largo discurso, dirigido a los discípulos que disputan entre sí, pero que también señala a la comunidad unas indicaciones fundamentales para su camino sobre la tierra (9,33-50). Al vaticinio tercero, y más largo, de la pasión de Jesús (10,32-34) sigue una enseñanza a los hijos de Zebedeo, que deben beber el cáliz de la pasión y ser bautizados con el bautismo de muerte antes de participar en la gloria de Cristo, y unas palabras a todos los discípulos, según las cuales la ley fundamental de la comunidad no es el dominio, sino el servicio (10,35-45).

(...)

Primera Sección de la Segunda Parte del Evangelio de San Marcos

El misterio de la muerte del Hijo del hombre: 8,31 – 10,45

(...)

1. El primer anuncio de la pasión (8,31-9,29)

a) Anuncio de la pasión y oposición de Pedro (Mc/08/31-33).

31 Entonces comenzó a enseñarles que es necesario que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea rechazado por los ancianos, por los sumos sacerdotes y por los escribas, y que sería llevado a la muerte, pero que a los tres días resucitaría; 32 y con toda claridad les hablaba de estas cosas. Pedro, llevándose aparte, se puso a reprenderlo. 33 Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, y le dice: «Quítate de mi presencia Satán, porque no piensas a lo divino, sino a lo humano.»

El anuncio de la pasión de Jesús está estrechamente ligado al reconocimiento de su mesianidad por parte de Pedro. Por lo cual, la profecía de la muerte se encuentra todavía bajo el planteamiento de la cuestión de quién es Jesús. Ni la gente del pueblo, ni el mismo Pedro han comprendido el misterio de Jesús. El portavoz del círculo de los discípulos reconoce ciertamente la incomparable grandeza de Jesús y la proclama con el atributo máximo que tiene a su disposición: el atributo de la mesianidad; pero esta indicación suscita justamente falsas interpretaciones. Para convertirse en una confesión plenamente cristiana es preciso declarar antes el tipo especial de esta mesianidad de Jesús y el camino que Dios le ha trazado.

En la instrucción que sigue, y que se dirige particularmente a los discípulos (cf. 9,30), a los doce (10,32), y con ellos a la comunidad, la elección de otro título señala ya por sí solo el alejamiento de las esperanzas judías: Jesús habla del Hijo del hombre. Ya antes Jesús se había designado así, y desde luego que en un sentido misterioso y pleno de dignidad: como plenipotenciario de la autoridad divina para perdonar pecados (2,10) y como Señor del sábado (2,28). De ese mismo Hijo del hombre se dice ahora que debe padecer y morir.

(...)

De la mano de Marcos volvemos a una antigua consideración de la pasión de Jesús que trasladaba al Mesías los padecimientos, persecuciones y burlas de los justos del Antiguo Testamento. Una experiencia humana universal, que ya atormentaba a los hombres piadosos de la antigua alianza, pero que lograron superar mediante su unión íntima con el Dios oculto de la salvación, la acepta y resuelve el hombre Jesús, el «Hijo del hombre», de tal modo que su carrera y triunfo se convierten en el camino de cuantos le siguen. Porque Jesús es el «Hijo del hombre», a quien se le ha otorgado el poder soberano de Dios; la esperanza de los oprimidos se convierte por él en certeza de liberación.

(...)

Marcos pone el máximo empeño en su teología del Hijo del hombre que cabalga por el camino oscuro y misterioso de Jesús (14,21.41). Contemplando la profecía con mayor detención, nuestra mirada se detiene en la expresión «ser rechazado». Es una expresión dura que dice más que una condena judicial; al Hijo del hombre le esperan la postergación y el desprecio (9,1). Pero eso no es todo; probablemente late aquí una cita implícita de la Escritura. El mismo verbo se emplea en el pasaje de un salmo que tuvo gran importancia en la Iglesia primitiva: «La piedra que rechazaron los constructores, ésta vino a ser piedra angular, esto es obra del Señor y admirable a nuestros ojos» (/Sal/118/22s). El pasaje se cita al final de la parábola de los viñadores homicidas ([Mar 12:10s](#)), que apunta ciertamente al asesinato de Jesús. La Iglesia primitiva lo entendió así: los dirigentes judíos han rechazado al último enviado de Dios, al Hijo de Dios en persona; pero Dios le ha confirmado y constituido en el fundamento de la salvación. Los «constructores» son los hombres que hubieran debido

reconocer la importancia de aquella piedra. No sin razón menciona nuestro pasaje expresamente a los tres grupos del sanedrín, el tribunal supremo judío: los ancianos, que formaban la nobleza laica; los sumos sacerdotes, en cuyas manos estaba el culto del templo y también parte del poder político, y los escribas o expositores de la ley, que gozaban de gran prestigio. Jesús es rechazado por estos representantes oficiales del pueblo judío: idea pavorosa.

Pero esto no impide los planes salvíficos de Dios, como lo indica el pensamiento de la piedra angular. En conexión con otros lugares bíblicos, que utilizan la misma imagen, surge así toda una teología (cf. [1Pe 2:6-8](#)): la piedra rechazada por los hombres ha sido puesta por Dios en Sión como piedra angular firme, escogida y preciosa: quien confía en ella no titubeará ([Isa 28:16](#)). Pero la misma piedra se convertirá en piedra de escándalo y tropiezo para cuantos la rechazan ([Isa 8:14s](#)). Dios cambia el misterio de maldad en promesa de salvación, las tinieblas en luz. Y justifica al que han rechazado los hombres resucitando al Hijo del hombre que había sido crucificado.

El anuncio de la resurrección se encuentra en los tres vaticinios de la pasión del Hijo del hombre; pero, extrañamente, los discípulos la pasan por alto una y otra vez. No viene al caso una explicación psicológica, según la cual los discípulos no habrían prestado atención a esa promesa, aterrados y confusos como estaban por las palabras acerca de los padecimientos y muerte del hijo del hombre.

La resurrección entra en el plan salvífico de Dios y hay que mencionarla en esta fórmula de vaticinio. El trasfondo bíblico la subraya con más fuerza aún que el propio acontecimiento: a diferencia de la fórmula que aparece en [1Co 15:4](#), no se dice que será «resucitado», sino que «resucitará», y no «al tercer día» sino «a los tres días». Desde luego que los matices lingüísticos no hacen mucho al caso puesto que la idea sigue siendo la misma: es Dios quien en un período brevísimo de tiempo, después de tres días o al tercer día, devuelve a la vida al que había sido matado. En el Antiguo Testamento y en el judaísmo «tres días» es una expresión corriente para indicar un breve período de sufrimientos y prueba, al que sigue un cambio de situación con la ayuda y liberación divinas. «El Señor nos ha herido y él mismo nos curará; nos ha golpeado y nos vendará. él mismo nos devolverá la vida después de dos días; al tercer día nos resucitará y viviremos en su presencia» ([Ose 6:2s](#)). (...)

Esta es la panorámica que se abre al final de la profecía de la pasión, aunque los discípulos sólo se percatasen de ella después de la resurrección de Jesús (cf. 9,10). Ahora habla Jesús a sus discípulos de su camino personal de sufrimientos y muerte «con toda claridad». Es éste un cambio que se inicia con la escena de Cesarea de Filipo; hasta entonces Jesús había guardado su secreto para sí. Pero, al igual que los discípulos no comprendieron entonces su ministerio mesiánico (cf. 6,52; 8,17-21), tampoco ahora vislumbran adónde conduce el camino de Jesús. Si no quieren, sin embargo, que su fe naufrague, tienen que abrir sus ojos a la necesidad que preside los padecimientos y muerte de su Señor.

Mas esto no sólo vale para los discípulos en aquella situación histórica; cuenta también para la comunidad que siente como algo duro e incomprensible la muerte denigrante de Jesús. También a ella tiene que revelársele de modo total el sentido divino de este acontecimiento al echar ahora una mirada retrospectiva. En el espejo de la enseñanza a los discípulos reconoce la comunidad su propia resistencia, y la triple profecía manifiesta de Jesús debe introducirla de un modo firme y profundo en los pensamientos de Dios.

PEDRO/SATANÁS: El mismo discípulo, que en nombre de los otros había pronunciado la profesión de fe mesiánica en Jesús, se convierte en adversario y seductor de Jesús. Le toma aparte y empieza a reprenderle. Asistimos aquí a un duelo entre Pedro y Jesús, como lo sugiere el mismo verbo empleado: con la misma energía y dureza con que Pedro «reprende» al Señor por sus ideas de sufrimientos y muerte, «reprende» Jesús al

príncipe de los discípulos. Con la mirada clavada en ellos -Jesús se vuelve y «mira a sus discípulos»-. Jesús condena como tentación satánica los intentos de Pedro por apartarle del camino de la muerte. La dureza de esta reprimenda salta a la vista.

La frase «Quítate de mi presencia, Satán» se encuentra también al final del relato de las tentaciones en [Mat 4:10](#), (...). Marcos, que en dos ocasiones emplea la expresión «Satán» -no «diablo»-, ha debido descubrir la semejanza de situaciones entre la tentación del desierto y el conjuro de Pedro: Jesús sería inducido a un mesianismo político, a unas ambiciones de poder y dominio terrenos, que contradicen los pensamientos de Dios. Es la tentación más peligrosa que asalta una y otra vez a los hombres (cf. [Mar 14:37](#).42) y que deben superar mediante la obediencia a la llamada de Dios. Tampoco la comunidad de Marcos parece haberse habituado todavía a la idea de un Mesías que padece y muere, alimentando sueños de un reinado terreno. La Iglesia no está llamada a un dominio político; su acción en el mundo es el testimonio del amor y de la voluntad de paz (cf. 9,50), su camino terreno debe ser el seguimiento del Señor crucificado. Jesús le dice de un modo tajante: «No piensas a lo divino, sino a lo humano.» También la apertura actual al mundo, el compromiso de los cristianos con el mundo encuentra aquí un límite: No deben renunciar al camino de Cristo.

b) Seguir a Jesús en el dolor y la muerte (Mc/08/34-09/01).

34 Y llamando junto a sí al pueblo, juntamente con sus discípulos, les dijo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame. 35 Pues quien quiera poner a salvo su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio, la pondrá a salvo.

Esta serie de sentencias está dirigida a toda la comunidad. El «pueblo», que en aquella circunstancia histórica no podía estar allí -Mateo y Lucas lo dejan al margen-, representa a cuantos han de escuchar el mensaje de Jesús, y se menciona especialmente a los discípulos para dirigirse a los creyentes. Difícilmente se alude a los rectores de la comunidad. Lo mismo subraya la expresión «llamando junto a sí» que Marcos emplea para impartir enseñanzas importantes al pueblo o a los discípulos y, mediante ellos, a los que creerán más tarde (cf. 7,14; 10,42; 12,43). De este modo las palabras de Jesús, (...), pasan a ser una exhortación permanente para todos los hombres. Todos deben considerar el camino del Hijo del hombre como algo que les interesa a ellos mismos.

Lo que Jesús dice acerca de sus padecimientos y muerte no sólo debe iluminar lo que hay de oscuro en su propio destino, sino que también debe indicar a sus discípulos el camino del seguimiento de Jesús. Las sentencias segunda y tercera sobre la ganancia y pérdida de la «vida» suenan como una explicación de la existencia humana en general, como proverbios sapienciales que expresan la paradoja -lo contradictorio- de la experiencia humana. Pero, insertas como están entre la sentencia clásica sobre el seguimiento con la cruz y la que se refiere a la confesión de fe en el Hijo del hombre, son también una exhortación al ordenamiento cristiano de la existencia entre los discípulos de Cristo. Dentro de la existencia humana los padecimientos y la muerte son inevitables; pero en el seguimiento de Jesús son también superables, pues que inducen a la hondura y plenitud de una vida a la que el hombre íntimamente aspira.

La sentencia sobre el seguimiento con la cruz, desgastada por su empleo frecuentísimo, son unas palabras extremadamente duras, parecidas a aquel ágrafo que no aparece consignado en los Evangelios entre las sentencias que nos han transmitido del Señor: «Quien está cerca de mí, está cerca del fuego; quien está lejos de mí, está lejos del reino.» Jesús ha hablado de hecho en este lenguaje intimidante para expresar la seriedad y grandeza de lo que exige el ser discípulo (cf. [Luc 9:57s](#); [Luc 14:25-35](#)). Su invitación a seguirle va dirigida a

los hombres animosos que, plenamente conscientes de lo abrupto del camino y con toda libertad se deciden a seguirlo porque el objetivo final bien lo merece.

Considerando la palabra en su tenor original, se ve que la llamada al seguimiento -«venir en pos de mí»- parece terminar en el oprobio y la muerte. «Cargar con su cruz» sólo puede referirse en su sentido literal a los hombres de aquel tiempo: se trataría de seguir el camino terrible de un hombre condenado a la crucifixión que toma sobre sus hombros el pesado madero transversal sobre el que será clavado al tiempo que se fija sobre su cabeza el motivo de la ejecución. Esta imagen, familiar a los hombres de aquel tiempo, equivale, pues, a «arriesgarse a una vida tan difícil como el último recorrido de un condenado muerte» (A. Fridrichsen).

(...)

CRUZ/LLEVAR: La exposición más antigua de la metáfora se deja ya adivinar en la frase segunda: «Niéguese a sí mismo.» Falta aún en la redacción original del logion, que aparece en /Lc/14/27 (= /Mt/10/38); pero revela sin duda la intención de Jesús. En otro pasaje, y dirigiéndose a un hombre que quiere ser su discípulo, Jesús le exige «odiar» a su padre y a su madre, a la mujer y a los hijos, a los hermanos y hermanas, e incluso «su propia vida», es decir, ponerlos en un segundo plano cuando lo requiere el seguimiento de Jesús ([Luc 14:26](#)). El seguimiento con la cruz significa, pues, la renuncia radical a las ambiciones personales para pertenecer a Jesús y a Dios. Renunciando a la propia libertad por amor de Jesús y del Evangelio, el hombre consigue la verdadera libertad sobre sí mismo. Quien renuncia a disponer de sí mismo y se pone por completo a disposición divina, emprende con Jesús un camino que lleva a la anchura y plenitud de la vida de Dios.

Las palabras acerca de la salvación y pérdida de la vida (v. 35) conservan toda su fuerza mediante el concepto clave de «vida». Es un vocablo que en griego significa «alma», pero que según el Antiguo Testamento expresa todo el hombre con su vitalidad, su voluntad de vivir y sus manifestaciones de vida; modernamente diríamos que al hombre en su existencia. Quien sólo quiere desarrollar su propio yo y salvar su existencia para sí, perderá esa vida y marrará irremediablemente su objetivo vital. Pero quien posterga y entrega su vida terrena en el seguimiento de Jesús, salvará su vida y alcanzará su verdadero objetivo vital.

Generalmente se interpreta la sentencia cual si se hablase de la «vida» en un doble sentido: la vida terrena y natural y la vida eterna junto a Dios. Interpretación que no es falsa, pero que merma agudeza a la sentencia paradójica, ya que en ambos casos se emplea la misma expresión. «La palabra *psiche* no contiene un doble sentido, más bien lo elimina y supera, ya no se trata en absoluto de la existencia terrena del hombre, sino que esa existencia adquiere ahora nuevas dimensiones: tras el presente y el futuro que terminan una vez hay un futuro definitivo».

En [Luc 17:33](#) la sentencia está formulada de tal modo que opone el fracaso de una existencia vivida de una forma puramente terrena a la plenitud existencial de una vida orientada hacia Dios. Pero en Mt. en cuanto sentencia de seguimiento incluye el motivo «por mi causa», y Marcos agrega «por el Evangelio» (cf. 10,29), sin duda que para indicar que esto no sólo vale para el tiempo de la vida de Jesús sobre la tierra, sino siempre, mientras se anuncie el Evangelio.

El discípulo de Jesús se pone por completo al servicio de su Señor y del Evangelio. Lo cual quiere decir que, como Jesús y con Jesús desea cumplir la voluntad de Dios de un modo radical, incluso si se le exige la vida terrena. La idea de martirio, que aquí resuena inevitablemente, puede sin embargo trasladarse a la vida cristiana como tal, cuando en ella la voluntad alcanza el desprendimiento supremo. En el caso extremo de la entrega de la vida, Jesús esclarece lo que significa arriesgarse a un camino que él ha recorrido personalmente por obedecer a

Dios. También una vida de servicio a los otros, una vida de amor, como la que Jesús ha reclamado, y de disposición al sufrimiento, que semejante vida supone, constituye una realización del seguimiento de Jesús según las exigencias del Evangelio.

(...)

(SCHNACKENBURG, R., *El Evangelio según San Marcos*, en *El Nuevo Testamento y su Mensaje*, Editorial Herder, Madrid, 1969)

3. COMENTARIO TEOLÓGICO

Benedicto XVI

La confesión de Pedro

En los tres Evangelios sinópticos, aparece como un hito importante en el camino de Jesús el momento en que pregunta a los discípulos acerca de lo que la gente dice y lo que ellos mismos piensan de Él (cf. Mc 8, 27-30; Mt 16, 13-20; Lc 9, 18-21). En los tres Evangelios Pedro contesta en nombre de los Doce con una declaración que se aleja claramente de la opinión de la «gente». En los tres Evangelios, Jesús anuncia inmediatamente después su pasión y resurrección, y añade a este anuncio de su destino personal una enseñanza sobre el camino de los discípulos, que es un seguirle a Él, al Crucificado. Pero en los tres Evangelios, este seguirle en el signo de la cruz se explica también de un modo esencialmente antropológico, como el camino del «perdersé a sí mismo», que es necesario para el hombre y sin el cual le resulta imposible encontrarse a sí mismo (cf. Mc 8, 31-9.1; Mt 16, 21-28; Lc 9, 22-27). Y, finalmente, en los tres Evangelios sigue el relato de la transfiguración de Jesús, que explica de nuevo la confesión de Pedro profundizándola y poniéndola al mismo tiempo en relación con el misterio de la muerte y resurrección de Jesús (cf. Mc 9, 2-13; Mt 17, 1-13; Lc 9, 28-36).

Sólo en Mateo aparece, inmediatamente después de la confesión de Pedro, la concesión del poder de las llaves del reino —el poder de atar y desatar— unida a la promesa de que Jesús edificará sobre él —Pedro— su Iglesia como sobre una piedra. Relatos de contenido paralelo a este encargo y a esta promesa se encuentran también en Lucas 22, 31s, en el contexto de la Última Cena, y en Juan 21, 15 -19, después de la resurrección de Jesús.

Por lo demás, en Juan se encuentra también una confesión de Pedro que se coloca igualmente en un hito importante del camino de Jesús, y que sólo entonces le da al círculo de los Doce toda su importancia y su fisonomía (cf. Jn 6, 68s). Al tratar la confesión de Pedro según los sinópticos tendremos que considerar también este texto que, a pesar de todas las diferencias, muestra elementos fundamentales comunes con la tradición sinóptica.

Estas explicaciones un tanto esquemáticas deberían haber dejado claro que la confesión de Pedro sólo se puede entender correctamente en el contexto en que aparece, en relación con el anuncio de la pasión y las palabras sobre el seguimiento: estos tres elementos —las palabras de Pedro y la doble respuesta de Jesús— van indisolublemente unidos. Para comprender dicha confesión es igualmente indispensable tener en cuenta la confirmación por parte del Padre mismo, y a través de la Ley y los Profetas, después de la escena de la transfiguración. En Marcos, el relato de la transfiguración es precedido de una promesa —aparente— de la Parusía, que por un lado enlaza con las palabras sobre el seguimiento, pero por otro introduce la transfiguración de Jesús y de este modo explica a su manera tanto el seguimiento como la promesa de la Parusía. Las palabras

sobre el seguimiento, que en Marcos y Lucas están dirigidas a todos —al contrario que el anuncio de la pasión, que se hace sólo a los testigos—, introducen el factor eclesiológico en el contexto general; abren el horizonte del conjunto a todos, más allá del camino recién emprendido por Jesús hacia Jerusalén (cf. Lc 9, 23), del mismo modo que su explicación del seguimiento del Crucificado hace referencia a aspectos fundamentales de la existencia humana en general.

Juan sitúa estas palabras en el contexto del Domingo de Ramos y las relaciona con la pregunta de los griegos que buscan a Jesús; de este modo, destaca claramente el carácter universal de dichas afirmaciones. Al mismo tiempo están aquí relacionadas con el destino de Jesús en la cruz, que pierde así todo carácter casual y aparece en su necesidad intrínseca (cf. Jn 12, 24s). Con sus palabras sobre el grano de trigo que muere, Juan relaciona además el mensaje del perderse y encontrarse con el misterio eucarístico, que en su Evangelio, al final de la historia de la multiplicación de los panes y su explicación en el sermón eucarístico de Jesús, determina también el contexto de la confesión de Pedro.

Centrémonos ahora en las distintas partes de este gran entramado de sucesos y palabras. Mateo y Marcos mencionan como escenario del acontecimiento la zona de Cesarea de Felipe (hoy Banyás), el santuario de Pan erigido por Herodes el Grande junto a las fuentes del Jordán. Herodes hijo convirtió este lugar en capital de su reino, dándole el nombre en honor a César Augusto y a sí mismo.

La tradición ha ambientado la escena en un lugar en el que un empinado risco sobre las aguas del Jordán simboliza de forma sugestiva las palabras acerca de la roca. Marcos y Lucas, cada uno a su modo, nos introducen, por así decirlo, en la ambientación interior del suceso. Marcos dice que Jesús había planteado su pregunta «por el camino»; está claro que el camino de que habla conducía a Jerusalén: ir de camino hacia las «aldeas de Cesarea de Felipe» (Mc 8, 27) quiere decir que se está al inicio de la subida a Jerusalén, hacia el centro de la historia de la salvación, hacia el lugar en el que debía cumplirse el destino de Jesús en la cruz y en la resurrección, pero en el que también tuvo su origen la Iglesia después de estos acontecimientos. La confesión de Pedro y por tanto las siguientes palabras de Jesús se sitúan al comienzo de este camino.

Tras la gran época de la predicación en Galilea, éste es un momento decisivo: tanto el encaminarse hacia la cruz como la invitación a la decisión que ahora distingue netamente a los discípulos de la gente que sólo escucha a Jesús pero no le sigue, hace claramente de los discípulos el núcleo inicial de la nueva familia de Jesús: la futura Iglesia. Una característica de esta comunidad es estar «en camino» con Jesús; de qué camino se trata quedará claro precisamente en este contexto. Otra característica de esta comunidad es que su decisión de acompañar al Señor se basa en un conocimiento, en un «conocer» a Jesús que al mismo tiempo les obsequia con un nuevo conocimiento de Dios, del Dios único en el que, como israelitas, creen.

En Lucas —de acuerdo con el sentido de su visión de la figura de Jesús— la confesión de Pedro va unida a un momento de oración. Lucas comienza el relato de la historia con una paradoja intencionada: «Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos» (9, 18). Los discípulos quedan incluidos en ese «estar solo», en su reservadísimo estar con el Padre. Se les concede verlo como Aquel que habla con el Padre cara a cara, de tú a tú, como hemos visto al comienzo de este libro. Pueden verlo en lo íntimo de su ser, en su ser Hijo, en ese punto del que provienen todas sus palabras, sus acciones, su autoridad. Ellos pueden ver lo que la «gente» no ve, y esta visión les permite tener un conocimiento que va más allá de la «opinión» de la «gente». De esta forma de ver a Jesús se deriva su fe, su confesión; sobre esto se podrá edificar después la Iglesia.

Aquí es donde encuentra su colocación interior la doble pregunta de Jesús. Esta doble pregunta sobre la opinión de la gente y la convicción de los discípulos presupone que existe, por un lado, un conocimiento exterior de

Jesús que no es necesariamente equivocado aunque resulta ciertamente insuficiente, y por otro lado, frente a él, un conocimiento más profundo vinculado al discipulado, al acompañar en el camino, y que sólo puede crecer en él. Los tres sinópticos coinciden en afirmar que, según la gente, Jesús era Juan el Bautista, o Elías o uno de los profetas que había resucitado; Lucas había contado con anterioridad que Herodes había oído tales interpretaciones sobre la persona y la actividad de Jesús, sintiendo por eso deseos de verlo. Mateo añade como variante la idea manifestada por algunos de que Jesús era Jeremías.

Todas estas opiniones tienen algo en común: sitúan a Jesús en la categoría de los profetas, una categoría que estaba disponible como clave interpretativa a partir de la tradición de Israel. En todos los nombres que se mencionan para explicar la figura de Jesús se refleja de algún modo la dimensión escatológica, la expectativa de un cambio que puede ir acompañada tanto de esperanza como de temor. Mientras Elías personifica más bien la esperanza en la restauración de Israel, Jeremías es una figura de pasión, el que anuncia el fracaso de la forma de la Alianza hasta entonces vigente y del santuario, y que era, por así decirlo, la garantía concreta de la Alianza; no obstante, es también portador de la promesa de una Nueva Alianza que surgirá después de la caída. Jeremías, en su padecimiento, en su desaparición en la oscuridad de la contradicción, es portador vivo de ese doble destino de caída y de renovación.

Todas estas opiniones no es que sean erróneas; en mayor o menor medida constituyen aproximaciones al misterio de Jesús a partir de las cuales se puede ciertamente encontrar el camino hacia el núcleo esencial. Sin embargo, no llegan a la verdadera naturaleza de Jesús ni a su novedad. Se aproximan a él desde el pasado, o desde lo que generalmente ocurre y es posible; no desde sí mismo, no desde su ser único, que impide el que se le pueda incluir en cualquier otra categoría. En este sentido, también hoy existe evidentemente la opinión de la «gente», que ha conocido a Cristo de algún modo, que quizás hasta lo ha estudiado científicamente, pero que no lo ha encontrado personalmente en su especificidad ni en su total alteridad. Karl Jaspers ha considerado a Jesús como una de las cuatro personas determinantes, junto a Sócrates, Buda y Confucio, reconociéndole así una importancia fundamental en la búsqueda del modo recto de ser hombres; pero de esa manera resulta que Jesús es uno entre tantos, dentro de una categoría común a partir de la cual se les puede explicar, pero también delimitar.

Hoy es habitual considerar a Jesús como uno de los grandes fundadores de una religión en el mundo, a los que se les ha concedido una profunda experiencia de Dios. Por tanto, pueden hablar de Dios a otras personas a las que esa «disposición religiosa» les ha sido negada, haciéndoles así partícipes, por así decirlo, de su experiencia de Dios. Sin embargo, en esta concepción queda claro que se trata de una experiencia humana de Dios, que refleja la realidad infinita de Dios en lo finito y limitado de una mente humana, y que por eso se trata sólo de una traducción parcial de lo divino, limitada además por el contexto del tiempo y del espacio. Así, la palabra «experiencia» hace referencia, por un lado, a un contacto real con lo divino, pero al mismo tiempo comporta la limitación del sujeto que la recibe. Cada sujeto humano puede captar sólo un fragmento determinado de la realidad perceptible, y que además necesita después ser interpretado. Con esta opinión, uno puede sin duda amar a Jesús, convertirlo incluso en guía de su vida. Pero la «experiencia de Dios» vivida por Jesús a la que nos aficionamos de este modo se queda al final en algo relativo, que debe ser completado con los fragmentos percibidos por otros grandes. Por tanto, a fin de cuentas, el criterio sigue siendo el hombre mismo, cada individuo: cada uno decide lo que acepta de las distintas «experiencias», lo que le ayuda o lo que le resulta extraño. En esto no se da un compromiso definitivo.

A la opinión de la gente se contraponen el conocimiento de los discípulos, manifestado en la confesión de fe. ¿Cómo se expresa? En cada uno de los tres sinópticos está formulado de manera distinta, y de manera aún más diversa en Juan. Según Marcos, Pedro le dice simplemente a Jesús: «Tú eres [el Cristo] el Mesías» (8, 29).

Según Lucas, Pedro lo llama «el Cristo [el Ungido] de Dios» (9, 20) y, según Mateo, dice: «Tú eres Cristo [el Mesías], el Hijo de Dios vivo» (16, 16). Finalmente, en Juan la confesión de Pedro reza así: «Tú eres el Santo de Dios» (6, 69).

Puede surgir la tentación de elaborar una historia de la evolución de la confesión de fe cristiana a partir de estas diferentes versiones. Sin duda, la diversidad de los textos refleja también un proceso de desarrollo en el que poco a poco se clarifica plenamente lo que al principio, en los primeros intentos, como a tientas, se indicaba de un modo todavía vago. En el ámbito católico, Pierre Grelot ha ofrecido recientemente la interpretación más radical de la contraposición de estos textos: no ve una evolución, sino una contradicción. La simple confesión mesiánica de Pedro que relata Marcos refleja sin duda correctamente el momento histórico; pero se trata todavía de una confesión puramente «judía», que interpreta a Jesús como un Mesías político según las ideas de la época. Sólo la exposición de Marcos manifestaría una lógica clara, pues sólo un mesianismo político explicaría la oposición de Pedro al anuncio de la pasión, una intervención a la que Jesús —como hiciera cuando Satanás le ofreció el poder— responde con un brusco rechazo: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» (Mc 8, 33). Esta áspera reacción sólo sería coherente si con ella se hiciera referencia también a la confesión anterior y se la rechazara como falsa; no tendría lógica en cambio en la confesión madura, desde el punto de vista teológico, que aparece en la versión de Mateo.

(...)

Pero es el momento de volver a la confesión que Pedro hace de Cristo y, con ello, a nuestro tema principal. Hemos visto que Grelot considera la confesión de Pedro narrada por Marcos como totalmente «judía» y, por ello, rechazada por Jesús. Pero este rechazo no aparece en el texto, en el que Jesús sólo prohíbe la divulgación pública de esta confesión, que la gente de Israel podría efectivamente malinterpretar, conduciendo, por un lado, a una serie de falsas esperanzas en Él y, por otro, a un proceso político contra Él. Sólo después de esta prohibición sigue la explicación de lo que significa realmente «Mesías»: el verdadero Mesías es el «Hijo del hombre», que es condenado a muerte y que sólo así entra en su gloria como el Resucitado a los tres días de su muerte.

La investigación habla, en relación con el cristianismo de los orígenes, de dos tipos de fórmulas de confesión: la «sustantiva» y la «verbal»; para entenderlo mejor podríamos hablar de tipos de confesión de orientación «ontológica» y otros orientados a la historia de la salvación. Las tres formas de la confesión de Pedro que nos transmiten los sinópticos son «sustantivas»: Tú eres el Cristo; el Cristo de Dios; el Cristo, el Hijo del Dios vivo. El Señor pone siempre al lado de estas afirmaciones sustantivas la confesión «verbal»: el anuncio anticipado del misterio pascual de cruz y resurrección. Ambos tipos de confesión van unidos, y cada uno queda incompleto y en el fondo incomprensible sin el otro. Sin la historia concreta de la salvación, los títulos resultan ambiguos: no sólo la palabra «Mesías», sino también la expresión «Hijo del Dios vivo». También este título se puede entender como totalmente opuesto al misterio de la cruz. Y viceversa, la mera afirmación de lo que ha ocurrido en la historia de la salvación queda sin su profunda esencia, si no queda claro que Aquel que allí ha sufrido es el Hijo del Dios vivo, es igual a Dios (cf. Flp 2, 6), pero que se despojó a sí mismo y tomó la condición de siervo rebajándose hasta la muerte, y una muerte de cruz (cf. Flp 2, 7s). En este sentido, sólo la estrecha relación de la confesión de Pedro y de las enseñanzas de Jesús a los discípulos nos ofrece la totalidad y lo esencial de la fe cristiana. Por eso, también los grandes símbolos de fe de la Iglesia han unido siempre entre sí estos dos elementos.

Y sabemos que los cristianos —en posesión de la confesión justa— tienen que ser instruidos continuamente, a lo largo de los siglos, y también hoy, por el Señor, para que sean conscientes de que su camino a lo largo de

todas las generaciones no es el camino de la gloria y el poder terrenales, sino el camino de la cruz. Sabemos y vemos que, también hoy, los cristianos —nosotros mismos— llevan aparte al Señor para decirle: «¡No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte» (Mt 16, 22). Y como dudamos de que Dios lo quiera impedir, tratamos de evitarlo nosotros mismos con todas nuestras artes. Y así, el Señor tiene que decirnos siempre de nuevo también a nosotros: « ¡Quítate de mi vista, Satanás!» (Mc 8, 33). En este sentido, toda la escena muestra una inquietante actualidad. Ya que, en definitiva, seguimos pensando según «la carne y la sangre» y no según la revelación que podemos recibir en la fe.

Hemos de volver una vez más a los títulos de Cristo que se encuentran en las confesiones. Ante todo, es importante ver que la forma específica del título hay que comprenderla cada vez dentro del conjunto de cada uno de los Evangelios y de su particular forma de tradición. Siempre es importante la relación con el proceso de Jesús, durante el cual vuelve a aparecer la confesión de los discípulos como pregunta y acusación. En Marcos, la pregunta del sumo sacerdote retoma el título de Cristo (Mesías) y lo amplía: « ¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?» (14, 61). Esta pregunta presupone que tales interpretaciones de la figura de Jesús se habían hecho de dominio público a través de los grupos de discípulos. El poner en relación los títulos de Cristo (Mesías) e Hijo procedía de la tradición bíblica (cf. Sal2, 7; Sal 110). Desde este punto de vista, la diferencia entre las versiones de Marcos y Mateo se relativiza y resulta menos profunda que en la exegesis de Grelot y otros. En Lucas, Pedro reconoce a Jesús —según hemos visto— como «el Ungido (Cristo, Mesías) de Dios». Aquí nos volvemos a encontrar con lo que el anciano Simeón sabía sobre el Niño Jesús, al que preanunció como el Ungido (Cristo) del Señor (cf. Lc 2, 26). Como contraste, a los pies de la cruz, «las autoridades» se burlan de Jesús diciéndole: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido» (Lc 23, 35). Así, el arco se extiende desde la infancia de Jesús, pasando por la confesión de Cesarea de Felipe, hasta la cruz: los tres textos juntos manifiestan la singular pertenencia del «Ungido» a Dios.

Pero en el Evangelio de Lucas hay que mencionar otro acontecimiento importante para la fe de los discípulos en Jesús: la historia de la pesca milagrosa, que termina con la elección de Simón Pedro y de sus compañeros para que sean discípulos. Los experimentados pescadores habían pasado toda la noche sin conseguir nada, y entonces Jesús les dice que salgan de nuevo, a plena luz del día, y echen las redes al agua. Para los conocimientos prácticos de estos hombres resultaba una sugerencia poco sensata, pero Simón responde: «Maestro... por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5). Luego viene la pesca abundantísima, que sobrecoge a Pedro profundamente. Cae a los pies del Señor en actitud de adoración y dice: «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador» (5, 8). Reconoce en lo ocurrido el poder de Dios, que actúa a través de la palabra de Jesús, y este encuentro directo con el Dios vivo en Jesús le impresiona profundamente. A la luz y bajo el poder de esta presencia, el hombre reconoce su miserable condición. No consigue soportar la tremenda potencia de Dios, es demasiado imponente para él. Desde el punto de vista de la historia de las religiones, éste es también uno de los textos más impresionantes para explicar lo que ocurre cuando el hombre se siente repentinamente ante la presencia directa de Dios. En ese momento el hombre sólo puede estremecerse por lo que él es y rogar ser liberado de la grandeza de esta presencia. Esta percepción repentina de Dios en Jesús se expresa en el título que Pedro utiliza ahora para Jesús: Kyrios, Señor. Es la denominación de Dios utilizada en el Antiguo Testamento para remplazar el nombre de Dios revelado en la zarza ardiente que no se podía pronunciar. Si antes de hacerse a la mar Jesús era para Pedro el «epístata» —que significa maestro, profesor, rabino—, ahora lo reconoce como el Kyrios.

Una situación similar la encontramos en el relato de Jesús que camina sobre las aguas del lago encrespadas por la tempestad para llegar a la barca de los discípulos. Pedro le pide que le permita también a él andar sobre las aguas para ir a su encuentro. Como empezaba a hundirse, la mano tendida de Jesús lo salva, subiendo después los dos a la barca. En ese instante el viento se calma. Entonces ocurre lo mismo que había sucedido en la

historia de la pesca milagrosa: los discípulos de la barca se postran ante Jesús, un gesto que expresa a la vez sobrecogimiento y adoración. Y reconocen: «Realmente eres el Hijo de Dios» (cf. Mt 14, 22-33). La confesión de Pedro narrada en Mateo 16, 16 encuentra claramente su fundamento en esta y en otras experiencias análogas que se relatan en el Evangelio. En Jesús, los discípulos sintieron muchas veces y de distintas formas la presencia misma del Dios vivo.

Antes de intentar componer una imagen con todas estas piezas del mosaico, debemos examinar brevemente aún la confesión de Pedro que aparece en Juan. El sermón eucarístico de Jesús, que en Juan sigue a la multiplicación de los panes, retoma públicamente, por así decirlo, el «no» de Jesús al tentador, que le había invitado a convertir las piedras en panes, es decir, a ver su misión reducida a proporcionar bienestar material. En lugar de esto, Jesús hace referencia a la relación con el Dios vivo y al amor que procede de Él, que es la verdadera fuerza creadora, dadora de sentido, y después también de pan: así explica su misterio personal, se explica a sí mismo, a través de su entrega como el pan vivo. Esto no gusta a los hombres; muchos se alejan de Él. Jesús les pregunta a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Pedro responde: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna: nosotros creemos. Y sabemos que tú eres el Santo, consagrado por Dios» (in 6, 68s).

Hemos de reflexionar con más detalle sobre esta versión de la confesión de Pedro en el contexto de la Última Cena. En dicha confesión se perfila el misterio sacerdotal de Jesús: en el Salmo 106, 16 se llama a Aarón «el santo de Dios». El título remite retrospectivamente al discurso eucarístico y, con ello, se proyecta hacia el misterio de la cruz de Jesús; está por tanto enraizado en el misterio pascual, en el centro de la misión de Jesús, y alude a la total diferencia de su figura respecto a las formas usuales de esperanza mesiánica. El Santo de Dios: estas palabras nos recuerdan también el abatimiento de Pedro ante la cercanía del Santo después de la pesca milagrosa, que le hace experimentar dramáticamente la miseria de su condición de pecador. Así pues, nos encontramos absolutamente en el contexto de la experiencia de Jesús que tuvieron los discípulos, y que hemos intentado conocer a partir de algunos momentos destacados de su camino de comunión con Jesús.

¿Qué conclusiones podemos sacar de todo esto? En primer lugar hay que decir que el intento de reconstruir históricamente las palabras originales de Pedro, considerando todo lo demás como desarrollos posteriores, tal vez incluso a la fe postpascual, induce a error. ¿De dónde podría haber surgido realmente la fe postpascual si el Jesús prepascual no hubiera aportado fundamento alguno para ello? Con tales reconstrucciones, la ciencia pretende demasiado.

Precisamente el proceso de Jesús ante el Sanedrín pone al descubierto lo que de verdad resultaba escandaloso en Él: no se trataba de un mesianismo político; éste se daba en cambio en Barrabás y más tarde en Bar-Kokebá. Ambos tuvieron sus seguidores, y ambos movimientos fueron reprimidos por los romanos. Lo que causaba escándalo de Jesús era precisamente lo mismo que ya vimos en la conversación del rabino Neusner con el Jesús del Sermón de la Montaña: el hecho de que parecía ponerse al mismo nivel que el Dios vivo. Éste era el aspecto que no podía aceptar la fe estrictamente monoteísta de los judíos; eso era lo que incluso Jesús sólo podía preparar lenta y gradualmente. Eso era también lo que — dejando firmemente a salvo la continuidad ininterrumpida con la fe en un único Dios—impregnaba todo su mensaje y constituía su carácter novedoso, singular, único. El hecho de que el proceso ante los romanos se convirtiera en un proceso contra un mesianismo político respondía al pragmatismo de los saduceos. Pero también Pilato sintió que se trataba en realidad de algo muy diferente, que a un verdadero «rey» políticamente prometedor nunca lo habrían entregado para que lo condenara.

Con esto nos hemos anticipado. Volvamos a las confesiones de los discípulos. ¿Qué vemos, si juntamos todo este mosaico de textos? Pues bien, los discípulos reconocen que Jesús no tiene cabida en ninguna de las

categorías habituales, que Él era mucho más que «uno de los profetas», alguien diferente. Que era más que uno de los profetas lo reconocieron a partir del Sermón de la Montaña y a la vista de sus acciones portentosas, de su potestad para perdonar los pecados, de la autoridad de su mensaje y de su modo de tratar las tradiciones de la Ley. Era ese «profeta» que, al igual que Moisés, hablaba con Dios como con un amigo, cara a cara; era el Mesías, pero no en el sentido de un simple encargado de Dios.

En Él se cumplían las grandes palabras mesiánicas de un modo sorprendente e inesperado: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Sal2, 7). En los momentos significativos, los discípulos percibían atónitos: «Este es Dios mismo». Pero no conseguían articular todos los aspectos en una respuesta perfecta.

Utilizaron —justamente— las palabras de promesa de la Antigua Alianza: Cristo, Ungido, Hijo de Dios, Señor. Son las palabras clave en las que se concentró su confesión que, sin embargo, estaba todavía en fase de búsqueda, como a tientas. Sólo adquirió su forma completa en el momento en el que Tomás tocó las heridas del Resucitado y exclamó conmovido: « ¡Señor mío y Dios mío!» (Jn 20, 28). Pero, en definitiva, siempre estaremos intentando comprender estas palabras. Son tan sublimes que nunca conseguiremos entenderlas del todo, siempre nos sobrepasarán. Durante toda su historia, la Iglesia está siempre en peregrinación intentando penetrar en estas palabras, que sólo se nos pueden hacer comprensibles en el contacto con las heridas de Jesús y en el encuentro con su resurrección, convirtiéndose después para nosotros en una misión.

(Joseph Ratzinger - **Benedicto XIV**, *Jesús de Nazaret*, Primera Parte. Ediciones Planeta, 2007, p. 337-356)

4. SANTOS PADRES

San Agustín

La resolución de los mártires

“Parece duro y pesado que el Señor haya ordenado a todo el que quiera seguirlo, que reniegue de sí mismo. Pero lo que manda aquel que nos ayuda a practicar lo que manda, no puede ser duro ni pesado. Porque también es verdad lo que se dice sobre él en un Salmo: *Por las palabras de tus labios, he seguido duros caminos* (Sal 17, 4). Y también es verdad lo que dijo él mismo: *Mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11, 30). Porque todo lo que es pesado en los preceptos, el amor lo vuelve suave.

¡Ya sabemos de lo que es capaz el amor! Pero con frecuencia el amor es reprochable y disoluto; y los hombres, cuántas adversidades no sufren, cuántas vergüenzas y situaciones intolerables no soportan, con tal de alcanzar el objeto de su amor. Da lo mismo que se trate de uno que ama el dinero, es decir un avaro; o de uno que ama los honores, es decir un ambicioso; o de uno que ama la belleza de los cuerpos, es decir un lascivo. ¿Quién sería capaz de enumerar todas las clases posibles de amor? Piensen ustedes cuánto se fatigan todos los amantes y, sin embargo, no tienen en cuenta su fatiga; y más se fatigan cuando alguien les prohíbe fatigarse.

Si las clases de hombres son tantas como las de sus amores, de ninguna otra cosa entonces se debe tener tanto cuidado en la vida como de elegir qué amar. ¿Por qué admirarse entonces, si el que ama a Cristo y quiere seguir a Cristo, amando, renuncia a sí mismo? Si es verdad que el hombre amándose a sí mismo, se pierde; renegando de sí mismo, se reencuentra sin duda alguna” (S 96,1)

“Conviene, entonces, que con un sermón solemne, alabe en el Señor el alma de su servidor [Cipriano], para que lo oigan los humildes y se alegren (Sal 34, 3). En verdad, aquella alma, cuando aún vivía en estos miembros sujetos a la muerte, despreció la muerte que tarde o temprano llegaría, para conquistar la vida que jamás tendrá fin. Con una determinación fiel y prudente, perdió lo que, aunque hubiera conservado de momento, tendría más tarde que perder, para encontrar lo que no se puede perder. Si se conserva esta vida

temporal, renegando de Cristo, ella lo mismo terminará, sin que se alcance la que dura para siempre. ¡Cuánto mejor será procurarse una, no teniendo en cuenta la otra, que perderlas a ambas por haber amado incorrectamente a una! Esta fue la común resolución y el comercio habitual entre los santos mártires: despreciar las cosas transitorias para procurarse las eternas; vivir a pesar de morir para no morir a pesar de vivir; vivir para siempre, muriendo una sola vez, en lugar de morir dos veces y no merecer vivir después, por haber diferido la muerte que se presentará igual, no llegando a la vida que perdura, una vez alcanzada la muerte aplazada.

Esta, repito, fue la común resolución y el comercio habitual entre los santos mártires; esto es lo que aprendieron del que al mismo tiempo es su Maestro, su Redentor y su Señor, que a todos nos dijo: *El que ama la propia vida la perderá, y el que la haya perdido por mi causa la conservará para la vida eterna* (Jn 12, 25).

En consecuencia, cuando se ama la vida, ella se pierde; y cuando se la pierde, se la conserva; que se pierda, entonces, si se la ama, para no perderla cuando la ama. En dos modos puede entenderse lo que se dijo: *El que ama la propia vida la perderá. El que ama la propia vida* en este mundo, la perderá en la vida futura; y *el que ama la propia vida* para la vida futura, la perderá en este mundo. Según el primer modo, *el que ama la propia vida* temiendo morir por Cristo, la perderá no viviendo en Cristo; y *el que ama la propia vida* como para que viva en Cristo, la perderá muriendo en Cristo. Efectivamente, el texto continúa así: *y el que la haya perdido por mi causa la conservará para la vida eterna. Pero, el que dijo: Por mi causa, es el Dios verdadero y la Vida eterna* (1 Jn 5, 20)". (S 313 C, 1)

(SAN AGUSTÍN, *Comentario a los evangelios dominicales y festivos*, Ciclo B, Religión y Cultura Buenos Aires, 2008, p. 136 - 137)

5. APLICACIÓN

P. José A. Marcone, IVE

La cruz en ‘el Cristo’ y en ‘los cristos’

(Mc 8,27-35)

Introducción

El hecho que narra el evangelio de hoy es un hecho clave en la vida de Cristo. Ese hecho consiste en que Cristo pregunta explícitamente a sus Apóstoles quién piensan ellos que es Él. Y los Doce, en la persona de Pedro, responden (según Marcos): “Tú eres el Mesías” (Mc 8,30). Y según Mateo: “Tu eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). El hecho narrado en el evangelio de hoy manifiesta una cumbre en el proceso de revelación de la persona de Jesús. Durante aproximadamente dos años y medio de vida pública Jesús fue removiendo paulatinamente el velo que cubría su persona (de-velando o re-velando), con un movimiento gradual, adaptado a la capacidad de conocer de sus discípulos. Ellos, con gran dificultad, fueron interpretando los signos que Jesús les fue dando a lo largo de ese tiempo, y ahora están en capacidad de hacer un juicio certero sobre la persona de Jesús. Los Doce, en la persona de su cabeza, es decir, Pedro, afirman: Jesús es el Mesías y es Dios hecho hombre. Llegamos aquí a una cumbre de todo el movimiento revelatorio de Jesús.

1. Punto de inflexión en la vida de Cristo

Decimos a *una* cumbre y no a *la* cumbre, porque todavía permanece en las mentes de los discípulos algunas tinieblas respecto a la naturaleza de la misión del Cristo, es decir, del Mesías. Ellos han creído en la revelación del Padre (cf. Mt 16,17) y han aceptado que Jesús es Dios y es el Mesías, pero todavía tienen una concepción judaica, carnal y cabalística de la misión del Mesías. Esta concepción consiste en adjudicar al Mesías una misión restringida a la sola nación judía, con un objetivo meramente humano de liberación política,

llevado adelante con medios humanos, espectaculares y exitosos. Por esta razón, lo que narra el evangelio de hoy también es clave en la vida de Cristo. Además de haber llegado a una cumbre en el proceso de revelación de la persona de Jesús, comienza hoy el último proceso: revelar a sus discípulos que el Mesías-Dios no tiene una misión temporal ni política llevada a cabo con medios humanamente exitosos. La misión del Mesías es una misión sobrenatural y escatológica, es decir, que se sitúa fuera del tiempo, porque la misión del Mesías es realizar la redención del hombre a través del sufrimiento, salvándolo del pecado y del infierno, abriéndole las puertas de la vida eterna.

Por eso en el evangelio de hoy se unen las siguientes cuatro cosas. Primero, la confesión de Pedro, afirmando que es el Mesías (San Marcos). A lo cual hay que agregar lo que Pedro dice en San Mateo: que es Dios. Segundo, el anuncio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Tercero, la incompreensión de Pedro respecto a ese destino de sufrimiento y muerte. Cuarto, la repreensión de Cristo a Pedro y la enseñanza de Cristo a todos (los Doce, los discípulos y creyentes en general) de que la vida del creyente en Cristo debe atenerse al mismo principio que rige la vida del Mesías. Este principio es la búsqueda de la vida eterna a través de la entrega generosa de la propia vida, con la disposición, incluso, de morir clavados en la cruz, al igual que el Mesías.

Con lo dicho hasta aquí hemos hecho una resumida pero completa explicación del evangelio de hoy. Completemos ahora la ubicación del hecho evangélico de hoy en sus coordenadas de espacio y tiempo, y en la estructura teológica de los evangelios.

La vida pública de Cristo se divide en tres etapas bien determinadas. La primera dura doce meses y se desarrolla en la zona de Judea, al sur de Palestina, en Jerusalén y en los alrededores del río Jordán en las cercanías de su confluencia con el Mar Muerto. Esta es una etapa preparatoria, en la que priman los hechos y las enseñanzas que explican el pasaje del Antiguo al Nuevo Testamento. El hecho emblemático de esta etapa es el milagro de las Bodas de Caná, donde la conversión del agua de las purificaciones judías en vino es el símbolo del paso del Antiguo al Nuevo Testamento.

La segunda etapa de la vida pública de Cristo comienza cuando Jesucristo decide irse a Galilea a predicar. Esa etapa dura veintiún meses y se desarrolla, fundamentalmente, en la región de Galilea, con algunas salidas misionales hacia el Nord-oeste (Tiro y Sidón) y hacia el Este (la Decápolis). Es la etapa central. En ella Jesús lleva adelante dos misiones fundamentales. Primero, la enseñanza de su doctrina, que es lo mismo que decir la revelación de su persona y la revelación de los principios morales para la vida del cristiano. Segundo, la conformación de una sociedad humana pero, al mismo tiempo, sobrenatural en la cual se va a dar la salvación, con una estructura jerárquica muy precisa. Ambas cosas (la enseñanza de su doctrina y la conformación de esa sociedad) llegan a su cumbre en el hecho narrado en el evangelio de hoy. La enseñanza de su doctrina llega a su cumbre cuando Pedro dice: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16,16). La conformación de dicha sociedad llega a su cumbre cuando Jesús le responde a Pedro: “Tú eres Piedra y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no prevalecerá contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo” (Mt 16,18-19).

La tercera etapa comienza, precisamente, en el hecho narrado en el evangelio de hoy. Esta etapa va a durar siete meses y se va a desarrollar al modo de un caminar sin pausa hacia Jerusalén. Si consideramos a Jerusalén mirando el mapa, ir hacia Jerusalén es ‘bajar’, pues Jerusalén queda al Sur de Galilea. Pero si consideramos las condiciones geográficas, ir hacia Jerusalén es ‘subir’, dado que la cadena montañosa va creciendo en altura de Norte a Sur, hasta llegar a las cumbres más altas que están en Judea, la zona donde está Jerusalén. Por eso, esta etapa de siete meses de continuo caminar hacia Jerusalén se la conoce como ‘la subida’. Esta expresión, ‘la subida’, además de ser una expresión geográfica, es una expresión teológica (cf. Lc 9,51, *análepsis*). En efecto, esos siete meses de continuo subir hacia Jerusalén, tienen su culminación cuando Jesús ‘suba’ a la cruz. La ‘subida’ desde Galilea hacia Jerusalén, en realidad, es una ‘subida’ que solamente tiene su culminación en la ‘subida’ al Monte Calvario y a la cruz. Aún más, esa ‘subida’ tiene su expresión definitiva cuando Jesucristo ‘suba’ a la derecha del Padre, en la ‘asunción’, que es sinónimo de ‘subida’. Precisamente, estos siete meses, comenzando por el hecho que narra el evangelio de hoy, son un continuo explicar la

necesidad teológica que tiene el Hijo del hombre de morir en cruz para luego resucitar. Por eso, tres veces (y el número tres en los evangelios significa insistencia), comenzando por hoy, Jesús va a enseñar que el Hijo del hombre debe padecer en manos de las autoridades judías, ser asesinado y resucitar al tercer día (Mc 8,31; Mc 9,31; Mc 10,33). Y también va a explicar las consecuencias que este hecho tiene para la vida personal de cada cristiano, cosa que se verifica en el evangelio de hoy cuando les dice que es necesario que todos los que creen en Él deben estar dispuestos a morir crucificados.

De esta manera Jesucristo completa la revelación acerca de su persona. Él dice: “Sí, como ustedes bien dicen, yo soy Dios y soy el Mesías. Pero no el Mesías que ustedes creen. Yo no soy un Mesías humano, que busca fines humanos, usando medios humanos. Yo busco un fin sobrenatural (el perdón de los pecados) con un medio sobrenatural (la muerte en cruz), para llevarlos a una meta que está más allá del tiempo, en la eternidad, en la vida eterna”.

El evangelio de hoy marca una cumbre y un nuevo inicio. La cumbre es la revelación y aceptación de la verdad de que Jesús es Dios y es el Mesías. El nuevo inicio es la revelación de que ese Mesías es un Mesías del dolor y el sufrimiento; y comienza su caminar hacia la cruz. Por esta razón, el evangelio de hoy es un punto de inflexión en la vida de Cristo.

2. *El anuncio de la pasión*²

El anuncio de la pasión y muerte de Jesús constituye, como dijimos, una revelación clave para entender la misión del Mesías-Dios. Y Jesucristo la presenta explícitamente como una revelación divina que proviene del Padre y que, por tanto, debe realizarse con una necesidad teológica. Dice K. Stock: “Hay que notar que las cuatro experiencias (sufrir mucho, ser rechazado, ser matado y resucitar) dependen de aquel ‘debía’: el Hijo del hombre *debía* sufrir mucho, etc. Tocamos aquí el punto decisivo. ‘Debía’ significa: era la voluntad de Dios, correspondía al plan salvífico de Dios que el Hijo del hombre sufra, etc. Jesús no sólo comunica qué le sucederá a Él, sino que además lo revela como ordenado por Dios. Su anuncio no es tanto información cuanto revelación y debe ser recibido como tal”³. Con esta revelación Jesús aclara cuál es la naturaleza de la misión del Mesías.

Pedro había recibido correctamente la revelación proveniente del Padre que le decía que Jesús era el Mesías y el Hijo de Dios (cf. Mt 16,16-17). Pero ahora, influenciado por su concepción judaica, carnal y cabalística del Mesías, no percibe la revelación que el Padre le hace a través de su Hijo Jesús. Su pensamiento carnal le impide captar las cosas del Espíritu y rechaza la cruz de Cristo (cf. Rm 8,5; 1Cor 2,4). Se realiza en Pedro lo que San Pablo aplicará después a los judíos en general: “Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos” (1Cor 1,23).

Jesucristo es todavía más severo que San Pablo. La actitud de Pedro lleva a Jesús a compararlo con Satanás. En efecto, las tres tentaciones de Satanás en el inicio de la predicación de Jesús (Mt 4,1-10) buscaban apartar a Cristo de su camino de cruz. La primera tentación (‘Convierte estas piedras en pan’) busca hacer de Él un Mesías de la fama, de la popularidad, del interés económico y del fin temporal (cf. Jn 6,15). La segunda tentación (‘Arrójate de lo alto del templo porque los ángeles impedirán que te hagas daño’) busca hacer de Él un Mesías de la instrumentalización de los dones de Dios para saciar el propio egoísmo. Y, finalmente, la tercera tentación (‘Te daré el mundo si te postras y me adoras’), busca hacer de Él un Mesías del mundo y para el mundo, con el desemboque trágico de la adoración a Satanás. Todo esto es lo que Jesucristo ve en la actitud de Pedro.

² La explicación acerca de la confesión de Pedro y las consecuencias que ella trae, según el pensamiento de la Iglesia está reservada para el Ciclo A, donde se lee este mismo evangelio pero tomado de San Mateo. En ese evangelio la confesión de Pedro es más completa, ya que no sólo lo llama Mesías, sino también Dios. Además, en ese evangelio Jesucristo, tomando como punto de partida la confesión de fe completa de Pedro, le revela que será Piedra de aquella sociedad humana-sobrenatural dentro de la cual se dará la salvación eterna. En otras palabras, el evangelio de hoy, si lo tomamos según San Mateo, es la revelación completa de Cristo (Mesías y Dios) y la revelación de la institución de la Iglesia Católica, de su jerarquía y de la infalibilidad de su Cabeza, el Papa, en todo lo que tenga que ver con el dogma y la moral. Pero el momento más apropiado para explicar profundamente esta confesión completa es, como dijimos, durante el Ciclo A de lecturas.

³ Stock, K., *Vangelo secondo Marco*, Edizioni Messaggero Padova, Padova, 2002, p. 134 – 135.

El Leccionario dice que Jesús hablaba de su pasión “con toda claridad” (Mc 8,32). Sin embargo, en el original griego se usa una sola palabra: *parresía* (en dativo). Este sustantivo proviene de otras dos palabras griegas: *pan*, ‘todo’, y *rema*, ‘decir’, ‘hablar’. El sentido literal de este término, brotado inmediatamente de su etimología es ‘hablar o decir todo’ y quiere indicar, en primer lugar, el ‘decir todo’ en el sentido de ‘no guardarse nada’. Por eso, el significado primero de este sustantivo es ‘libertad plena en el hablar’. Esta aclaración del evangelista, en primer lugar, confirma que se trata de una nueva revelación de Jesús acerca de su misión en cuanto Mesías. Por eso dice R. Schnackenburg: “Ahora habla Jesús a sus discípulos de su camino personal de sufrimientos y muerte ‘con toda claridad’. Es éste un cambio que se inicia con la escena de Cesarea de Filipo; hasta entonces Jesús había guardado su secreto para sí”⁴. Pero, en segundo lugar, también quiere decir que Jesús no se avergonzaba de su destino de rechazo, sufrimiento y muerte. Hablaba de ello con toda franqueza, sin ocultar nada y con plena libertad. Sabía que era parte de su misión y como tal lo aceptaba.

Jesucristo, al hacer esta nueva revelación acerca de su misión, sabe que debe ir contra la repugnancia natural que el hombre tiene al sufrimiento y contra la distorsión de la revelación acerca del Mesías llevada a cabo por el espíritu farisaico y cabalístico. Las Sagradas Escrituras decían claramente que el Mesías *debía* padecer. Isaías presenta al Mesías como el Siervo sufriente, aquel que carga sobre sus hombros el pecado del mundo y es llevado al matadero como un cordero manso (cf. Is 53,1-12). Esta resistencia a la cruz es propia del diablo y del espíritu meramente humano. Por eso Jesús y los autores del NT se preocupan con detenimiento de destruir esa concepción. Eso se ve, por ejemplo, en el encuentro de Jesús con los discípulos de Emaús, en la tarde de su resurrección: “Él les dijo: ‘¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?’ Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras” (Lc 24,25-27). Y, esa misma tarde, pero ya en el Cenáculo y delante de los Apóstoles, sucede la siguiente escena: “Les dijo: ‘Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí’. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. Y les dijo: ‘Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día’” (Lc 24,44-46). El ‘abrir el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras’ está orientado, concretamente, a que comprendiesen que el Mesías *debía* padecer.

Y San Pedro, después de Pentecostés, hará de este argumento un factor importante de su predicación. Dice Pedro al pueblo: “Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo padecería” (Hech 3,18; cf. Hech 2,23). Y San Pablo va a mostrar el mismo interés de Jesús de mostrar que, *según las Escrituras*, el Mesías *debía* padecer (Hech 17,3; 26,23).

3. La cruz en la vida del cristiano

El rechazo a la cruz por parte de Pedro obliga a Jesús a hacer una advertencia a todos los que creen en Él, cualquiera sea la cercanía con que lo siguen. El que quiera ser discípulo de Jesús tiene que estar dispuesto a negarse a sí mismo, es decir, ab-negarse, tomar la cruz de Jesús sobre sus hombros (lo cual incluye también el ser rechazado por los hombres) y estar dispuesto a llegar hasta el final del camino de Jesús, que es la crucifixión en el Monte Calvario. Sin esa disposición nadie puede ser discípulo de Jesús.

Teniendo en cuenta que la cruz de Cristo todavía no había sucedido y no era el símbolo del cristianismo, ¿cómo habrá sonado esa frase de Jesús a los oyentes originales? Les sonó de un modo todavía más tremendo del que puede sonarnos a nosotros. Respecto a esto, dice R. Schnackenburg: “Considerando la palabra en su tenor original, se ve que la llamada al seguimiento -«venir en pos de mí»- parece terminar en el oprobio y la muerte. «Cargar con su cruz» sólo puede referirse en su sentido literal a los hombres de aquel tiempo: se trataría de seguir el camino terrible de un hombre condenado a la crucifixión que toma sobre sus hombros el pesado madero transversal sobre el que será clavado al tiempo que se fija sobre su cabeza el motivo de la ejecución.

⁴ SCHNACKENBURG, R., *El evangelio según San Marcos, en El Nuevo Testamento y su mensaje*, Herder, Madrid, 1969.

Esta imagen, familiar a los hombres de aquel tiempo, equivale, pues, a «arriesgarse a una vida tan difícil como el último recorrido de un condenado muerte» (A. Fridrichsen)⁵.

Esta indicación de Jesús muchas veces se ha tomado como una invitación piadosa a soportar las contrariedades de la vida con espíritu sobrenatural. Y está bien. Es así. Pero es mucho más que eso. Esta indicación de Jesús acerca del discipulado del cristiano tiene el mismo valor que los anuncios que de su propia pasión hace Jesucristo. En Jesucristo, los anuncios de su pasión tienen la función de revelar el carácter y la naturaleza de su misión en cuanto Mesías, en cuanto Cristo. En nosotros, las indicaciones de Jesús acerca de la necesidad de llevar la cruz tienen la función de explicar cuál es el carácter y la naturaleza de *nuestra* misión en esta vida, en cuanto que somos ‘cristos’, es decir, ‘ungidos’, es decir, ‘bautizados’.

Si en el Mesías, es decir, en el Ungido, en el Cristo su misión consistía en realizar la redención del hombre a través del sufrimiento para que el hombre alcanzara la vida eterna, en ‘los cristos’, en ‘los ungidos’, su misión consiste en participar de la redención del hombre poniendo a disposición de este objetivo toda su libertad, toda su inteligencia y su mismo cuerpo. La sentencia de Jesús sobre la cruz que debe llevar el discípulo tiene el mismo significado global que tiene sobre el Mesías. La cruz en el Mesías significa que su misión no es temporal ni humanamente exitosa, sino que es eterna, porque es una misión que está en función de la vida eterna, y sobrenatural, porque está en función del perdón de los pecados, que solo Dios puede hacer. La cruz en el discípulo no solo se refiere a los momentos de sufrimiento y dolor del hombre sobre la tierra, sino a su entera existencia y al significado global de su vida. La cruz en el discípulo significa que su vida no debe orientarse a alcanzar el éxito en esta vida sino en la eterna; su vida no debe orientarse a alcanzar bienes temporales sino a alcanzar el perdón de los pecados; su vida debe ser un continuo esfuerzo por alcanzar el fin escatológico, aun cuando ello implique una negación total a todas sus concupiscencias, tanto espirituales como sensuales⁶, o conlleve una oposición del mundo y el diablo que comporte la persecución y la muerte.

Así como la vida de Cristo, el Mesías, perdería sentido si se le cercena la pasión y el sufrimiento, así también, la vida del cristiano perdería sentido si se le quita la disposición de ser crucificado para alcanzar la vida eterna⁷.

Y de esta realidad brota el sentido espiritual que tienen los sufrimientos de esta vida temporal. Cada uno de los sufrimientos o contrariedades de esta vida, por pequeños o inmensos que fueren, serán, para el buen cristiano, una participación en la misión del Mesías y un modo de hacer plena su propia vida de cristiano, es decir, de ‘ungido’. Esto es esencial para oponerse al concepto farisaico, carnal y cabalístico de la vida del cristiano sobre la tierra. Esto es esencial para oponerse a un concepto americanista y calvinista del cristianismo, en el que el éxito y las riquezas son el signo de la predestinación. En el fondo, en ese engaño se esconde un engaño satánico.

San Pablo, que, como vimos, luchó contra la concepción farisaica del Mesías, también trata de convencer al cristiano que, para alcanzar su fin último, *es necesario* que padezca, que *debe* sufrir, con necesidad teológica. Dice el Apóstol: “*Es necesario* que pasemos muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (Hech 14,22). “La leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna” (2Cor 4,17). “Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se

⁵ SCHNACKENBURG, R., *Ibidem*.

⁶ El cristiano debe afrontar la cruz con decisión cuando hay algo en él que puede hacerle perder la vida eterna. Eso es lo que significan aquellos textos donde Jesús habla, con una metáfora, que es necesario arrancar de nosotros todo aquello que es causa de pecado mortal. Así, por ejemplo: “Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado a la gehena” (Mt 5,29; cf. también Mt 18,8-9).

⁷ En las otras dos predicciones de la pasión, Jesucristo determina con más precisión qué significa concretamente para el cristiano ‘llevar la cruz’. En la segunda predicción, Jesús especifica que ‘llevar la cruz’ significa hacerse el último de todos para ser servidor de los demás, al modo en que los padres consagran toda su vida al servicio de sus hijos (cf. Mc 9,31-37). En la tercera predicción (la más detallada), Jesús dice que ‘llevar la cruz’ para el cristiano significa beber el cáliz de la interna angustia de muerte, es decir, los sufrimientos morales, como Él los bebió en el Huerto de los Olivos. También significa ser sumergidos (‘bautizados’) en la propia sangre, es decir, el martirio. Finalmente, ‘llevar la cruz’ para el cristiano significa ser el servidor de todos y entregar la propia vida para que los demás alcancen la salvación eterna (cf. Mc 10,32-45).

ha de manifestar en nosotros” (Rm 8,18). “Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24).

Hay cinco grados de perfección en el llevar la cruz. El primero, es *aceptar* la cruz, sea del tamaño o de la naturaleza que fuere. Aceptarla completamente, como venida de Dios. El segundo, es *ofrecer* la cruz a Dios como un regalo. Es el regalo más grande y más hermoso que se puede ofrecer a Dios, dado que es el más desinteresado. El tercero, es *unir* mi cruz a la cruz de Cristo. Esto debe hacerse, especialmente durante el Santo Sacrificio de la Misa; y, más especialmente, en el momento del ofertorio. Mi cruz, que es una astillita, se une a la gran cruz de Cristo. Mi gotita de sangre se une al gran torrente de sangre derramado por Cristo. Entonces mis sufrimientos se unen a los sufrimientos de Cristo y alcanzan el mismo valor que los sufrimientos de Cristo. De esta manera me convierto en co-redentor junto con el Redentor. El cuarto, es *agradecer* la cruz. Este ya es un grado de bastante perfección. Es muy difícil decirle a Dios: ‘Gracias por la cruz que permitiste en mi vida’. Sin embargo, dado que no hay mayor tesoro que el sufrimiento, una cruz es algo que debe ser agradecido. El quinto ya es la máxima perfección: la *alegría de la cruz*. Como se trata de un don totalmente sobrenatural, para llegar a esto lo único que se puede hacer es pedirlo en la oración.

Conclusión

No sólo debemos ver la necesidad teológica de la cruz de Cristo y de nuestras cruces sino, como dice San Luis María Grignon de Montfort, debemos llegar a ser *amigos* de la cruz.

“Amigos de la Cruz, discípulos de un Dios crucificado, el misterio de la cruz lo desconocen los no judíos, lo rechazan los judíos (1Cor 1,23) y lo menosprecian los herejes y malos cristianos. Y, sin embargo, es el misterio maravilloso que ustedes tienen que aprender en la práctica, en la escuela de Jesús crucificado y que sólo allí lograrán aprender. En vano irán a buscar en las academias de la antigüedad un filósofo que lo haya enseñado. En vano irán a consultar la luz de los sentidos y de la razón. ¡Sólo Jesucristo, con su gracia triunfadora, puede enseñarles y darles a gustar este misterio!

“Adiéstrese, pues, en esta ciencia supereminente, bajo la guía de tan excelente Maestro. Que así llegarán a dominar todas las ciencias, ya que ésta las encierra a todas en grado sumo. Ella constituye nuestra filosofía natural y sobrenatural, nuestra teología divina y misteriosa. Es nuestra piedra filosofal que, gracias a la paciencia, cambiará en preciosos los metales más ordinarios; los dolores más atroces, en delicias; la pobreza, en riqueza y en gloria las humillaciones más profundas. Aquel de entre ustedes que sepa llevar mejor su cruz, aunque sea un analfabeto, es el más sabio de todos.

“Oigan al gran san Pablo que al regresar del tercer cielo, donde había aprendido los misterios ocultos incluso a los ángeles, exclama que no sabe ni quiere saber nada diferente de Jesús crucificado (1Cor 2,2).

“¡Alégrate, pues, tú, pobre ignorante, y tú, humilde mujer sin talento ni letras...! ¡Si sabes sufrir con alegría, sabes más que cualquier doctor que no sepa sufrir tan bien como tú lo haces! (Mt 11,25; Lc 10,21)”⁸.

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta a Jesús que, en camino hacia Cesarea de Filipo, interroga a los discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8, 27). Ellos respondieron lo que decía la gente: algunos lo consideran Juan el Bautista, redivivo, otros Elías o uno de los grandes profetas. La gente apreciaba a Jesús, lo consideraba un «enviado de Dios», pero no lograba aún reconocerlo como el Mesías, el Mesías preanunciado y esperado por todos. Jesús mira a los apóstoles y pregunta una vez más: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 29). Esta es la pregunta más importante, con la que Jesús se dirige directamente a aquellos que lo han seguido, para verificar su fe. Pedro, en nombre de todos, exclama con naturalidad: «Tú eres el Mesías» (v. 29).

⁸ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT, *Carta a los amigos de la cruz*, n° 26.

Jesús queda impresionado con la fe de Pedro, reconoce que ésta es fruto de una gracia, de una gracia especial de Dios Padre. Y entonces revela abiertamente a los discípulos lo que le espera en Jerusalén, es decir, que “el Hijo del hombre tiene que padecer mucho... ser ejecutado y resucitar a los tres días» (v. 31).

Al escuchar esto, el mismo Pedro, que acaba de profesar su fe en Jesús como Mesías, se escandaliza. Llama aparte al Maestro y lo reprende. Y, ¿cómo reacciona Jesús? A su vez increpa a Pedro por esto, con palabras muy severas: «¡Aléjate de mí, Satanás!» —le dice Satanás— «tú piensas como los hombres, no como Dios» (v. 33). Jesús se da cuenta de que en Pedro, como en los demás discípulos —¡también en cada uno de nosotros!— a la gracia del Padre se opone la tentación del Maligno, que quiere apartarnos de la voluntad de Dios. Anunciando que deberá sufrir y ser condenado a muerte para después resucitar, Jesús quiere hacer comprender a quienes lo siguen que Él es un Mesías humilde y servidor. Él es el Siervo obediente a la palabra y a la voluntad del Padre, hasta el sacrificio completo de su propia vida. Por esto, dirigiéndose a toda la multitud que estaba allí, declara que quien quiere ser su discípulo debe aceptar ser siervo, como Él se ha hecho siervo, y advierte: «El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (v. 34).

Seguir a Jesús significa tomar la propia cruz —todos la tenemos...— para acompañarlo en su camino, un camino incómodo que no es el del éxito, de la gloria pasajera, sino el que conduce a la verdadera libertad, que nos libera del egoísmo y del pecado. Se trata de realizar un neto rechazo de esa mentalidad mundana que pone el propio «yo» y los propios intereses en el centro de la existencia: ¡eso no es lo que Jesús quiere de nosotros! Por el contrario, Jesús nos invita a perder la propia vida por Él, por el Evangelio, para recibirla renovada, realizada, y auténtica. Podemos estar seguros, gracias a Jesús, que este camino lleva, al final, a la resurrección, a la vida plena y definitiva con Dios. Decidir seguirlo a Él, nuestro Maestro y Señor que se ha hecho Siervo de todos, exige caminar detrás de Él y escucharlo atentamente en su Palabra —acordaos de leer todos los días un pasaje del Evangelio— y en los Sacramentos.

Hay jóvenes aquí, en la plaza: chicos y chicas. Yo os pregunto: ¿habéis sentido ganas de seguir a Jesús más de cerca? Pensad. Rezad. Y dejad que el Señor os hable.

Que la Virgen María, que ha seguido a Jesús hasta el Calvario, nos ayude a purificar siempre nuestra fe de falsas imágenes de Dios, para adherirnos plenamente a Cristo y a su Evangelio.

(PAPA FRANCISCO, *Ángelus*, Plaza de San Pedro, domingo 13 de septiembre de 2015)

P. Gustavo Pascual, IVE

Primer anuncio de la pasión

Jesús por tres veces va a anunciar su pasión a los apóstoles. Esta es la primera vez. Les dice básicamente que va a morir por manos de los dirigentes religiosos de Israel. Jesús está profetizando su pasión y muerte. Hecho que había asumido y hacia el cual se dirigía voluntariamente aceptando la voluntad del Padre.

En este primer anuncio que trae Marcos interviene Pedro. Pedro se rebela ante este anuncio que Jesús hace de sus futuros sufrimientos y le dice: “¡De ningún modo te sucederá eso!” y Jesús lo llama Satanás porque Pedro asume los mismos pensamientos que el diablo le había puesto en el desierto: una redención sin cruz. Aunque le dice que sus pensamientos son los de los hombres y no los de Dios.

Los hombres mundanos, carnales, se rebelan contra la cruz. No quieren que llegue a sus vidas porque quieren llevar una vida regalada, libre de sufrimientos, una vida de confort y aburguesamiento.

Pedro era seguidor de Jesús. Había contestado en su confesión en Cesarea de Filipo con acierto diciendo quién era Jesús y sus palabras habían sido inspiradas por Dios. Jesús lo había hecho jefe de su Iglesia pero ahora, aunque seguidor de Jesús, se opone al camino que Jesús debe transitar para salvar a los hombres. Jesús tiene que llegar al cielo por un camino de sufrimientos y de cruz, y es el mejor camino, el único camino posible, para cumplir su misión. Este camino deberán transitar sus discípulos si quieren llegar al cielo. No hay otro camino mejor. Si hubiese otro Jesús lo hubiese elegido.

Condiciones para seguir a Jesús

Antes de ver las condiciones Jesús llama a ser sus discípulos. No quiere que nadie lo siga por la fuerza. Por más que Él sepa que es el mejor camino y quiera que todos los hombres transiten por él invita a que lo quieren seguir.

“Si alguno quiere venir en pos de mí”, es decir, si alguno quiere ser mi discípulo. Jesús a nadie obliga. Jesús no es un demagogo que promete cosas hermosas que son utopías. Jesús es claro en su ofrecimiento. Si alguno quiere seguirlo tendrá que aceptar las condiciones del seguimiento, de lo contrario, es mejor que se quede fuera del discipulado.

Las condiciones son:

“Niéguese a sí mismo”. Para seguir a Jesús no basta con dejar todas las cosas como hicieron los primeros discípulos y como Jesús le propuso al joven rico: “ve vende todo lo que tienes y luego sígueme”. Ya este desprendimiento es difícil. Dejar todas las cosas materiales pero también los afectos a las cosas queridas que deben posponerse al amor de Jesús, incluso padres, hermanos, mujer e hijos. Para seguir a Jesús hay que tener un corazón totalmente libre de las criaturas.

Pero negarse a sí mismo implica un paso más adelante. Jesús quiere que su discípulo también ponga a la voluntad de Dios sus pensamientos, sus quereres, sus gustos. Es difícil renunciar a nuestras ideas sobre el camino a seguir en la vida. Quizá creemos que tenemos que ir por este camino y Jesús nos pide que lo sigamos por otro. Hay que dejar de lado los pensamientos de los hombres y seguir los pensamientos de Dios.

Negarse a sí mismo es dejar la vida pecaminosa que llevamos renunciando a aquello en que más frecuente caemos. Negarse a sí mismo para el iracundo será dejar su ira y adquirir la mansedumbre. Para el lujurioso será dejar una vida impura para adquirir la castidad de vida. Para el envidioso será dejar de desear los bienes ajenos y conformarse con lo que Dios le ha dado y también alegrarse por lo bien que les va a los otros...

Nuestro yo lo llevamos siempre con nosotros, por eso negarse a sí mismo es lo más difícil para un hombre.

Negarse a sí mismo es abandonarse en Jesús para que Él nos vaya guiando por el camino de la cruz. Es renunciar al propio yo para que Jesús viva en mi como lo hizo San Pablo: “Ya no soy yo quien vive sino que es Cristo quien vive en mí”.

La segunda condición es **“tome su cruz”**. Cada uno de nosotros tiene una cruz a su medida, la cruz que Dios tiene pensada para él desde toda la eternidad y esa cruz es la que debemos cargar. A veces buscamos una cruz que no es a nuestra medida y la abandonamos al poco tiempo de haber comenzado a cargarla.

Si dejamos de lado nuestra cruz y no queremos cargarla, cargaremos otras cruces más pesadas y no podremos llevarlas.

Todo hombre tiene su cruz y si quiere ser discípulo de Jesús tiene que cargarla.

¿Cuál es la cruz que Jesús nos pide que carguemos? La de todos los días según nuestro deber de estado. Todo lo que tenemos que hacer cada día, y que nos cuesta, es la cruz que nosotros tenemos que llevar. Desde el levantarse por la mañana temprano hasta el tener que tratar en el trabajo con una persona que no nos agrada pasando por el trabajo mismo y las contradicciones a nuestro querer que nos presenta el día presente.

No es lo mismo trabajar a regañadientes que aceptarlo por amor a Jesús. ¡Cuántas cruces que se nos presentan durante el día! La cruz de tratar con quién no nos agrada, la de que las cosas nos salgan de otra manera a como las pensamos, la del clima porque nos fastidia el frío o porque nos incomoda el calor, la cruz de olvidarnos las cosas, de callar cuando hablan mal de otra persona, de acomodar alguna cosa que sabemos nadie la va a acomodar, de la comida que salió desabrida, de la queja de alguien contra mí...

Es la primera y principal cruz que debemos cargar. Y la debemos cargar al menos con resignación si queremos vivir contentos. Sin embargo, si nuestra cruz la llevamos con alegría, sabiendo que por cargarla nos vamos asemejando a Jesús y nos vamos ganando el cielo, se nos hará tan liviana que pasaremos una vida feliz.

A ella podemos agregar otras cruces voluntarias que queremos llevar, siempre consultando la voluntad de Dios, por amor a Jesús y por amor a nuestros hermanos, para parecernos al Divino Redentor.

También están las cruces que Dios nos envía para nuestra santificación: una enfermedad, una necesidad económica, una tristeza, un desánimo, una angustia.

Todas cruces que ya las ha cargado Jesús por nosotros y por eso se nos hacen, si las aceptamos, muy livianas. Pero, también nosotros, y esto quiere Jesús, debemos cargarlas para imitarlo y llegar al cielo.

Perder la vida. “Si el grano de trigo no muere se queda sin frutos pero si muere lleva muchos frutos”. Jesús quiere que perdamos nuestra vida por Él. ¿Qué es perder la vida por Él? Tener nuestra vida natural muerta para que viva la vida sobrenatural. Morir a nosotros mismos, cargar nuestra cruz, es perder la vida.

Decía San Pablo “todos los días muero”. Esta debe ser nuestra vida: morir cada día al hombre viejo, al hombre de pecado, para vivir una nueva vida según el espíritu de Jesús. Todos los días podemos morir a las cosas que nos separan de Jesús. Esas cosas que ocupan un lugar en nuestro corazón y no dejan ocuparlo a Jesús.

Por el contrario, el que diga como Pedro: “no haya cruz en mi vida” ganará la vida natural que tendrá que entregar el día de su muerte y estará muerto para la vida del cielo.

Las cosas de la tierra entorpecen el seguimiento de Jesús. Por eso dice el evangelio “¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? El cristiano debe buscar las cosas del cielo donde está Jesús y olvidarse de las cosas de la tierra. ¿Olvidarse? Ocuparse de ellas lo necesario pero siempre en servicio de la vida del cielo. ¡Qué poco necesitamos para servir a Dios! Sin embargo, cuanto afán por las cosas materiales en perjuicio de las cosas de Dios. Nada nos vamos a llevar de este mundo. Por otra parte, sólo tenemos un alma y tenemos que salvarla. Al alma no la podemos salvar con todo el oro del mundo. El alma se salva cuando se vive de acuerdo al querer de Dios, siguiendo a Jesús por el camino que nos ha enseñado, el camino de la cruz.

iNFO - Homilética.ive

Función de cada sección del Boletín

Homilética se compone de 7 Secciones principales:

Textos Litúrgicos: aquí encontrará Las Lecturas del Domingo y los salmos, así como el Guion para la celebración de la Santa Misa.

Directorio Homilético: es un resumen que busca dar los elementos que ayudarían a realizar un enfoque adecuado del el evangelio y las lecturas del domingo para poder brindar una predicación más uniforme, conforme al **DIRECTORIO HOMILÉTICO** promulgado por la **Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos de la Santa Sede en el 2014.**

Exégesis: presenta un análisis exegético del evangelio del domingo, tomado de especialistas, licenciados, doctores en exégesis, así como en ocasiones de Papas o sacerdotes que se destacan por su análisis exegético del texto.

Santos Padres: esta sección busca proporcionar la interpretación de los Santos Padres de la Iglesia, así como los sermones u escritos referentes al texto del domingo propio del boletín de aquellos santos doctores de la Iglesia.

Aplicación: consta de sermones del domingo ya preparados para la predica, los cuales pueden facilitar la ilación o alguna idea para que los sacerdotes puedan aplicar en la predicación.

Ejemplos Predicables: es un recurso que permite al predicador introducir alguna reflexión u ejemplo que le permite desarrollar algún aspecto del tema propio de las lecturas del domingo analizado.

¿Qué es el IVE, el porqué de este servicio de Homilética?

El **Instituto del Verbo Encarnado** fue fundado el **25 de Marzo de 1984**, en San Rafael, Mendoza, Argentina. El 8 de Mayo de 2004 fue aprobado como instituto de vida religiosa de derecho Diocesano en Segni, Italia. Siendo su Fundador el Sacerdote Católico Carlos Miguel Buela. Nuestra familia religiosa tiene como carisma **la prolongación de la Encarnación del Verbo en todas las manifestaciones del hombre**, y como fin específico la **evangelización de la cultura**; para mejor hacerlo proporciona a los misioneros de la familia y a toda la Iglesia este servicio como una herramienta eficaz enraizada y nutrida en las sagradas escrituras y en la perenne tradición y magisterio de la única Iglesia fundada por Jesucristo, la Iglesia Católica Apostólica Romana.

Este Boletín fue enviado por: homiletica.ive@gmail.com
Provincia Ntra. Sra. de Lujan - El Chañaral 2699, San Rafael, Mendoza, 5600, Argentina
Instituto del Verbo Encarnado